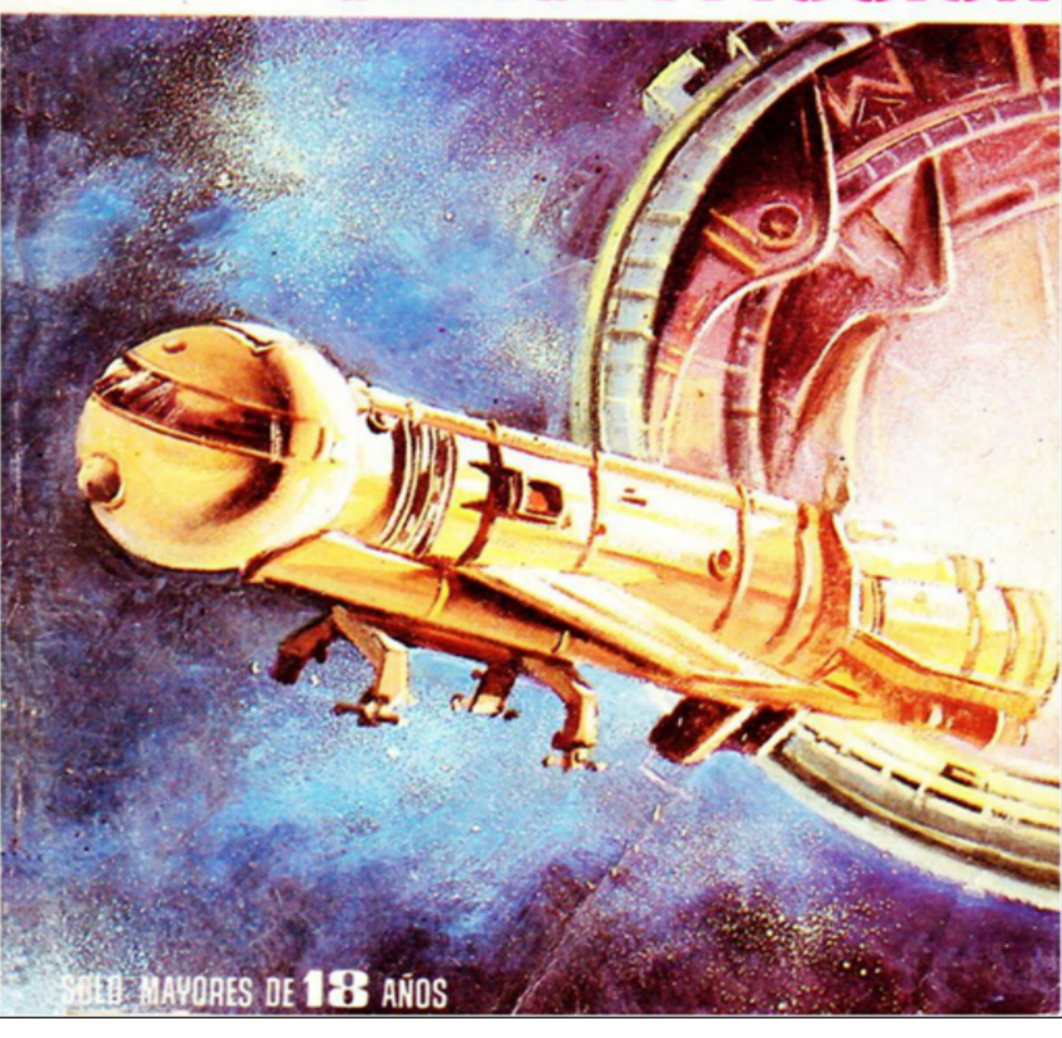
La conquista del ESPACIO

CITA EN GANIMEDES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

CITA EN GANIMEDES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — El cosmos no es infinito, Glenn Parrish.
2. — El planeta del holocausto atómico, Ralph Barby.
3. — FJ planeta encantado, Joseph Berna.
4. — Contrabandistas del cosmos, A. Thorkent.
5. — *La fuerza absoluta,* Clark Carrados.

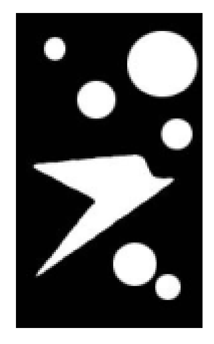
KELLTOM McINTIRE

CITA EN GANIMEDES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 545

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.060 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

PREAMBULO

Cuando el mastodóntico ingenio «Ares» fue propulsado hacia la atmósfera por los gigantescos eyectores, Jack Powell suspiró satisfecho.

Al fin y al cabo, iba a cumplir los designios que durante largos meses se habían ido incubando en su mente.

Podía sentirse ufano: había engañado a los psicoanalistas, a los psiquiatras, incluso a los ordenadores electrónicos capaces de medir la capacidad emocional y el equilibrio psíquico de los astronautas.

Los había engañado a todos al simular una serenidad y un entusiasmo aventurero que no sentía: para él, aquel largo periplo hacia Júpiter no significaba otra cosa que la culminación de su venganza y la satisfacción trascendental de que jamás regresaría a la Tierra. Ni muerto, ni vivo, pues aguardaba obsesivamente que su cadáver quedara flotando en el interior de la super-cápsula «Orion» por los siglos de los siglos.

Ya habían superado la atracción gravitatoria, ya se encontraba en el espacio exterior, libres de las fuerzas que podían sujetar la gran cápsula. Se habían ido desprendiendo las diversas fases del ingenio propulsor y ahora sólo quedaba el «Orion» con sus cinco tripulantes a bordo, atentos a los paneles que fosforescían ante ellos con tenues

colores en azul, amarillo, ámbar, verde o rojo.

Acababan de liberarse de la tremenda presión que aplastaba sus cuerpos y casi hacía hervir la sangre en sus venas a pesar de la atmósfera y la gravedad artificial de a bordo.

«Orion», majestuosa, como una libélula metálica, surcaba el terciopelo negro marcado aquí y allá por puntitos brillantes de diverso colorido que señalaban otros tantos mundos lejanos e ignorados.

De refilón, Powell dirigió una ojeada a sus compañeros. Vio a Kardiss, a Jones, a Payne y a Hayden.

Hayden acusaba algún malestar físico —desde tierra, el doctor Perry se ocupaba de él en aquellos instantes—, pero Powell no se traicionó con una sonrisa de satisfacción.

¡De ningún modo! Quedaban muchos días, meses enteros, para odiarse, para recrearse en la satisfacción que produce la seguridad de conseguir la venganza.

Como jefe del grupo, se interesó de viva voz por los problemas circulatorios de Tom Hayden y dispuso enseguida el orden de actuación. Mediciones, correcciones y computación de las constantes del sistema de impulsión.

Hayden iba recuperándose —maldita sea su estampa—; el color volvía a su rostro atezado de deportista nato, que prefería el aire libre a los espacios cerrados. Le vio respirar con mayor fluidez e incluso le vio sonreír animosamente.

También sonrió Jack Powell. Incluso alzó una mano en señal de solidaridad y de ánimo.

¡Conducta perfecta!

Ninguno de los otros cuatro cosmonautas sospecharía de él hasta… hasta que nada tuviera solución, hasta el abismo, hasta alcanzar la Nada.

Jack se felicitaba a sí mismo por su perfecto arte del disimulo. Tom Hayden no sabía que él lo odiaba hasta la muerte, por ejemplo.

Pero… ¡cuántos sudores de muerte para conseguir aquella práctica del disimulo, para sonreír, para comportarse como el más noble de los amigos!

Cuántas horas de angustia cuando se entrenaba junto a él, comía junto a él, se duchaba en su compañía, incluso cuando compensaba los éxitos de Hayden con una palmada amistosa en la espalda, cuando dormían en la misma estancia, aislada del resto de las instalaciones, cuando los cinco estuvieron en cuarentena horas antes de que el poderoso Ares» —el rey de la guerra de la mitología griega— les impulsase en sus kilotones de potencia hacia el espacio infinito.

En fin, todo podía darse por bien empleado. Ninguno de sus compañeros de singladura conocía los motivos que iban a llevarles a un final apocalíptico.

Ni Siquiera Hayden, guando se le quedaba mirando fijamente, cuando rehuía su mirada apresuradamente en aquellas ocasiones en que Powell se volvía de improviso y captaba el brillo culpable de sus ojos.

No. Ni siquiera Hayden sospechaba que él sabía la verdad. Que le había traicionado, que Powell había sorprendido aquella noche a Jill, su idolatrada y joven esposa, cuando Hayden la acariciaba, desnuda, sobre el ancho lecho conyugal de la casita del valle de San Fernando.

Fue una casualidad. Powell había recibido una licencia de quince días para gozar esas dos semanas en compañía de su queridísima Jill. No podía sospechar que Tom Hayden se encontrase en California. Le hacía por entonces en una de las bases de adiestramiento de la NASA. Tal vez en Houston, en Pennies Cross, en Habble Creek o en Laurence Fort. Pero no en California, seguro.

Era una preciosa noche de verano. Hacía calor, a pesar del aire acondicionado del coche. Sudoroso, pero ansioso por estrechar en sus brazos a Jill cuanto antes, Jack Powell recorrió los dos kilómetros escasos del caminillo limitado por dos hileras de enhiestos chopos: cortó el contacto sesenta metros antes de llegar a la casa y apagó las luces, deseoso de sorprender a su esposa.

Y la sorprendió.

Bajó del coche y una leve aura que acababa de levantarse refrescó su cuerpo empapado de sudor. Encendió un cigarrillo, pero lo apagó cuando cruzaba bajo los sauces rumorosos. No quería que ninguna otra sensación aminorara el placer intenso de su encuentro con Jill…

¿Se habría acostado ya? Sólo eran las once, pero tal vez el calor

y la fatiga hubieran rendido a Jill... ¡Tan delicada!

Sólo lucía una luz suave en la cocina. La puerta cristalera estaba abierta de par en par. En el suelo había un par de vasos largos, en cuyo fondo los cubitos de hielo se deshacían rápidamente. También vio un cenicero de acero inoxidable. Y... ¡dos cigarrillos!

Powell se detuvo, desorientado.

¿La visita de una amiga? En tal caso, la amiga terminaba de marcharse: prácticamente Jack debía haberse cruzado con ella en el camino de chopos, pues los dos cigarrillos, mediados, ardían lentamente en el borde del cenicero.

Aún no quería creérselo, aún no. Siempre había que dejar un margen para explicar las apariencias que podían inducir a error; ésta era una máxima antigua que Jack aplicaba en todos los casos confusos.

Penetró silencioso en el pasillo. Sus pies se enredaron en algo. Lo tomó y volvió a la cocina. Eran unos pantalones deportivos, blancos, viriles, perfectamente marcada la raya.

«Ea un hombre», pensó. Y sus dientes rechinaron, aunque el chirrido no trascendió más allá de sus labios.

Luego volvió, tembloroso, al pasillo. Avanzó como un lobo sediento de sangre, incluso apretó el arma que llevaba en el bolsillo.

Escuchó un murmullo próximo, un jadeo, unas palabras entrecortadas.

— ¡Malditos! —gruñó—. Están tan seguros que ni siquiera se han preocupado de cerrar la puerta del dormitorio.

La luna, clara, penetraba a través de la amplia cristalera de visillos corridos. Un rectángulo de bordes irregulares bañaba de plata el lecho.

Allí estaba Jill, estremecida bajo el cuerpo del hombre. No necesitó esforzarse mucho para reconocer aquel cuerpo atlético y aquellos cabellos rubios: era Tom Hayden, su amigo.

Retrocedió. La angustia le impedía respirar. Salió al jardín, aspiró, hambriento, el fresco aire de la noche.

Una vorágine de perversos proyectos pasó por su mente. Podía esperar a que se durmieran. Y luego... ¡empapar el lecho de gasolina y prenderle fuego! Podía, también, destrozar sus cráneos a balazos, pero esto supondría una muerte instantánea, que apenas les permitiría un parpadeo de extrañeza.

— ¡No, no, no! ¡No es suficiente! —se dijo a sí mismo.

Era preciso serenarse, meditar en la venganza.

Tenía el pantalón de Hayden en sus manos. Volvió al pasillo y lo dejó en el mismo lugar de donde lo había recogido. Luego echó una rápida mirada: no quedaba huella perceptible de su paso, de modo que lo mejor era huir.

Y huyó. Como un loco, como un delincuente.

Pero antes de subir al coche, vio el cigarrillo que apenas encendió al llegar y lo recoció del suelo, pues no quería dejar huellas.

Volvió a la ciudad, conduciendo como un suicida. Pero a poco empezó a serenarse y redujo la marcha para no llamar la atención.

Fue directamente al aeropuerto. Obtuvo un billete para el primer avión y esperó, impaciente, hasta que los altavoces convocaron a los pasajeros a las pistas.

Siete horas después estaba en la base. A los que le preguntaron si había ocurrido algún imprevisto, les respondió, con la sonrisa en los labios, que no había tenido paciencia para gozar de su licencia lejos de allí, cuando el resto de sus camaradas se ejercitaba duramente para iniciar el proyecto «Júpiter».

Es decir: nadie podría probar que estuvo en Los Ángeles. Y mucho menos que había sorprendido a Hayden en compañía de su esposa en el chalet del valle de San Fernando. Para todos, Jack Powell no se había movido de la base. Había ido a tomar unas copas y había vuelto; eso era todo.

Tom Hayden volvió una semana después. Jack pudo captar la mirada incierta que él le dirigió en los vestuarios. La clásica inseguridad del culpable, pensó Powell. Y sintió que sus entrañas ardían y todo su ser le impulsaba a machacar aquel rostro atezado, a estrangular aquel cuello musculoso. Pero no hizo nada de esto. Hubo de vencerse a sí mismo, pues la prueba fue durísima, pero cuando recibieron el aviso de que comenzaban las pruebas, golpeó la espalda

de Hayden, sonrió y dijo alegremente:

— ¡Vamos allá, viejo compañero!

Y ahora, ya estaban en el espacio. Cinco hombres muy resistentes y capacitados, metidos en una astronave que era poco más que una cápsula de tres pisos, aunque, eso sí, con pequeños alojamientos que les permitirían sobrevivir holgadamente en medio de aquel maremágnum de ordenadores, computadores, medidores, médicos sintéticos, alimentos en píldoras y retretes químicos.

Jack Powell no tenía que pensar nada porque ya lo tenía todo pensado.

Lo que había de ocurrir, ocurriría cuando descendieran sobre Ganimedes, el enigmático satélite de Júpiter, con sus llanuras cruzadas de hendiduras profundas y el hielo imperando como dios todopoderoso.

¿Qué le quedaba ahora?

Iban a ser centenares de jornadas de silencio, disimulando. El eterno disimulo, he aquí el peligro número uno. Pero Jack estaba seguro de resistir hasta el final sin flaquear. Todo a cambio de la eclosión final, de la fantástica revancha, de la venganza por antonomasia.

Por supuesto, Powell era consciente de que *él también moriría.* Lo había previsto desde el principio. Y no le importaba. Después de la traición de Jill, los cimientos de su vitalidad se habían hundido y poco le importaba la muerte.

A veces, sí, pensaba en que iba a arrastrar a la muerte a otros tres seres inocentes: Kardiss, Jones y Payne... ¿Qué habían hecho ellos para merecer una muerte tan horrible?

Pero también Jack Powell tenía respuesta para esta pregunta: en realidad, ninguno de aquellos hombres tenía nada que perder. Kardiss era un homosexual lleno de frustraciones, infeliz hasta la médula; Jones era un negro, un ser que perseguía desde siempre una integración honorable... que jamás conseguiría; Payne... un viudo grotesco, un suicida, que lloraba a su esposa muerta como un bebé, que se incluía en todos los lances peligrosos, ansioso por hallar la paz de la muerte.

Así pues, todo estaba dicho. Dicho y hecho. Sólo quedaban días

por delante.

* * *

Abajo estaba el imperio del hielo. Arriba, la cápsula «Orion» descendía lentamente, frenada por los poderosos retrocohetes.

Hayden, Payne, Kardiss y Jones contemplaban a Jack Powell fijamente, pendientes de su rostro, de la menor señal suya. Estaban entonces a diez mil metros sobre la superficie del helado Ganimedes.

Fue en aquel momento cuando Jack Powell decidió comenzar su lento y monótono exordio.

—Tú, Jim Kardiss, no tienes esperanza…

—Tú, Jones, jamás alcanzarás la justicia que persigues en la Tierra…

—Tú, Arthur Payne, eres un soñador irreversible…

—Yo, Jack Powell, soy un desesperado…

Transcurrieron unos segundos. «Orion» descendía ahora a mayor velocidad.

Tom Hayden se inclinó apenas hacia adelante.

— ¿Y yo, Powell? ¿Qué juicio te merezco yo? —preguntó.

Jack frunció los labios en una mueca de repugnancia.

—No quiero estropear este momento con insultos groseros, querido Tom. Sólo te diré que vas a morir. Lo has merecido. Me traicionaste con Jill. Y debes pagarlo. Sólo te diré que yo te acompañaré en tu viaje al Más Allá. ¿Qué más puedes pedir? —chilló, violento.

La nave descendía más aprisa. Se encontraban a unos cinco mil metros de altitud; a la velocidad que marchaban, terminarían estrellándose sobre el hielo en un instante.

Powell vio el rostro deformado por el terror de Tom Hayden. En

cuanto a Kardiss, Jones y Payne, no parecían aterrados, sino resignados a la tragedia que habría de sobrevenir en seguida.

Se produjo una tremenda trepidación, seguida del fulgor brillante de unos corpúsculos que saltaron a su alrededor.

Después, nada…

* * *

— ¡Sigo… vivo! —murmuró, en cuanto abrió los ojos.

La cápsula «Orion» yacía de costado sobre la inmensidad helada. Junto a Powell, sujetos por las bandas de nylon de los atalajes, estaban Hayden, Kardiss, Jones y Payne. Había reventado un visor, la presión había escapado, el frío intenso penetraba como un cuchillo…

Ya los cuerpos de Kardiss y Hayden comenzaban a cubrirse de hielo y otro tanto ocurriría pronto con los demás. Incluso Powell notaba el cuerpo entumecido y dolorido, incapaz de realizar el más ligero-movimiento.

Sin embargo, logró soltar los atalajes y se movió con lentitud. ¿Para qué? Sus compañeros estaban muertos, no cabía la menor duda. Acababa de hacer una comprobación con el «médico a distancia»: la vida había huido de ellos. Si no murieron como consecuencia del impacto contra la llanura helada, perecieron como efecto de la bajísima temperatura reinante. ¡Qué más daba…!

En cierto modo, Powell se sentía rabioso. Sus designios no se habían cumplido por completo. Cierto que se había vengado de Tom Hayden. Más aún… había matado a sus compañeros inocentes: Kardiss, Payne, Jones… pero él seguía con vida. Le aguardaba una muerte terrible, en la compañía de cuatro cadáveres, rodeado por la soledad más absoluta.

De repente, se rebeló contra la idea de morir. Enchufó un cable en el generador de emergencia e inmediatamente notó que el calor le devolvía a la vida. Sin embargo, el hielo se iba acumulando sobre los cuerpos de sus compañeros, deformando sus siluetas, ocultándoles en un sarcófago blanco.

Buscó atropelladamente algunas cosas en el nivel inmediatamente superior. Luego abrió la compuerta y echó una ojeada a su alrededor. No muy lejos de allí, a unos doscientos metros, vio una hendidura en un promontorio de hielo. Cargado de impedimenta, bajó al suelo y corrió hacia la gruta. Luego hizo otro viaje, y otro, y otro… hasta caer derrengado sobre el piso de la cueva de azulado hielo.

Tenía que hacer algo, si no quería perecer en menos de una hora. Tomó el pulverizador de plástico y recubrió con esta sustancia el interior de la cueva dejando apenas un pequeño respiradero. Después dejó escapar un poco de oxígeno de los cuatro balones que había arrastrado hasta el precario refugio. En seguida se vistió un holgado traje termoestable y se dejó caer penosamente al suelo.

Ahora no tenía frío. La temperatura era muy agradable y el oxígeno fluía de los balones, compensando la tenue atmósfera de Ganimedes, tan pobre en oxígeno.

Desde donde se encontraba y a través de la transparente película de plástico solidificado, vio alzarse la imponente mole de Júpiter, que ofrecía una amalgama de brillantes tonos rojizos que iban desde el rosado pálido hasta el púrpura intenso.

Se sintió adormecer, entornó los párpados… De pronto comprendió que la única solución era morir. La cápsula «Orion», destrozada, sólo podía servir para una cosa: como cripta para sus compañeros. Jamás lograría salir de Ganimedes, de aquella gruta de hielo.

Cierto que, disponía de víveres para resistir unas jornadas. Pero después moriría, posiblemente, yerto de frío y rodeado por los espectros de los hombres que había llevado a una muerte remota y horrible.

—Mejor sería cuanto antes —decidió. Y se dejó dormir, para sumergirse en el sueño de la nada.

* * *

Le despertó el fulgor cegador que perforaba sus párpados y hería sus ojos. Quiso mirar, pero sólo vio un par de gigantescas siluetas con figura humana. En seguida, cerró los ojos e incluso se los cubrió con

ambas manos.

No estaba muerto, como imaginó, sino vivo. Podía percibir un zumbido próximo, inidentificable. Y algo más: era como una voz próxima, retumbante, viril, enérgica.

— ¡No seas cobarde! ¿Por qué te dejas morir?

Supo que alguien se aproximaba. Sus sentidos detectaban aquella presencia como algo sólido, concreto, cercano. Y nuevamente, la voz:

—Debes vivir; imponte' a la desidia y a la desesperación. Dinos. ¿Por qué quieres morir?

Comenzó a hablar, primero con voz balbuciente.

—La venganza, eso es lo que me empujó. La maldita venganza que nubló mi razón y engendró el odio. Ellos están muertos y yo...

Lo confesó todo. En voz alta y clara, que retumbaba en el fondo de la gruta recubierta interiormente de plástico transparente.

Y al fin calló, porque lo había dicho todo. Pero seguramente *ellos seguían allí, observándole.*

¿Compadeciéndole... o juzgándole? Y en cualquier caso, ¿quiénes eran ellos? Powell no los conocía. De vez en cuando, trataba de mirar y veía las altas siluetas gigantescas, inmóviles. Parecían humanos, pero, ¿qué humanos podrían resistir en aquel medio helado, sin protección alguna?

Luego, escuchó una voz. Esta no retumbaba en su cerebro, como la anterior. Era más suave y resonaba con cadencias femeninas.

—No desesperes, Jackpowell —escuchó—. Probablemente tendrás que pagar por el daño que hiciste, pero tú también eres digno de ser comprendido y perdonado. Yo misma...

— ¿Quién? ¿Quién eres? —se atrevió a preguntar Powell.

—Me llamo Kaiya y mi compañero es Kurd. Somos exploradores del Dominio de Magna. Vimos cómo vuestra pequeña cápsula caía... y evitamos que se destruyese aminorando su impacto con rayos térmicos. Pero eso no es lo importante, Jackpowell. Lo importante es que debes vivir y superar tu tragedia. También yo... —la voz se quebró

— también yo sentí la mordedura de los celos y me sentí desgraciada hasta desear la muerte. Pero logré superar aquel momento y hoy me siento en paz conmigo misma y con Kurd, mi compañero. Voy a contarte todo cuanto me sucedió. Ojalá mi historia sirva para ayudarte, Jackpowell...

CAPITULO PRIMERO

Yo siempre había sentido una rendida admiración por Kurd. Y él sabía percibir mis sentimientos e incluso se aprovechaba un poco de ellos.

Sin embargo, ¿quién no hubiera amado a Kurd, qué mujer se hubiera mostrado indiferente a su magnético atractivo? No se trataba solamente de su formidable apariencia física, sino, sobre todo, de la pasión que latía en el fondo de sus ojos dorados, siempre brillantes e inquietos.

Por otra parte — ¡a qué negarlo!— su físico causaba una imborrable impresión al primer vistazo. Alto, pero flexible, atlético, pero con una musculatura firmemente cincelada, tan proporcionado de miembros que su silueta hubiera podido ser grabada en relieve en una de las antiquísimas medallas olímpicas. Caminaba como un felino, con pasos largos y sueltos, que evidenciaban su bien tallada anatomía.

En cuanto a su carácter, era eminentemente aventurero. El ansia de aventuras latía inextinguible en el fondo de sus inquietos ojos dorados que poseían la extraña cualidad de poder mirar fijamente al

deslumbrante sol de Magna sin sentirse cegados o heridos.

En mi opinión Kurd era demasiado voluble en relación con las mujeres, Taxira, Inkayi, Krista, Renna, Inx-allí, Gadia, Hia... las más hermosas y deseables mujeres del Dominio de Magna habían caído en sus brazos. Yo le odiaba a veces, por esto, pero para las demás mujeres, la fama de mujeriego que gozaba Kurd, lejos de ser un motivo para despreciarlo, suponía un atractivo más a sumar a los que ya poseía de por sí el hombre.

No era fácil gozar de su compañía durante mucho tiempo, aunque yo no debería quejarme en este aspecto, Taxira, por ejemplo, que se sentía sumamente celosa desde que Kurd cejase de mostrar interés por ella, me acusaba públicamente: —Kaiya le tiene embrujado. No es natural que un hombre como Kurd muestre tanta predilección por una sola mujer. Ah, ya sabéis todas cómo es Kurd! Y también cómo es Kaiya: se rodea siempre de misterio para atraer a los hombres...

En realidad, a mí no me interesaba hechizar a los hombres, sino a un solo hombre: Kurd.

Por desgracia, como decía antes, no había posibilidad de detener a Kurd durante mucho tiempo: él permanecía más tiempo en el espacio exterior que en la atractiva superficie de Magna, donde Max-Henna, él Insigne, el Numen y el Magnánimo, se esforzaba en gobernar a unos miles de millones ce seres procedentes de todas las galaxias.

Era lógico: Kurd era un ente del IV Nivel y esto lo explicaba todo. Los del IV Nivel eran personas que habían alcanzado sabiduría y espiritualidad destacables, medidos en la escala *roxt.* Es decir, no sólo superaban la técnica meramente física, sino que habían triunfado en pruebas emocionales y síquicas. Kurd, por ejemplo, podía comunicarse telepáticamente con otros entes de su mismo nivel.

En cuanto a mí, Kaiya, yo sólo estaba en el II Nivel y aunque me esforzaba en superarme, era de imaginar que no alcanzaría la sabiduría de un hombre como Kurd hasta mucho tiempo después. Por esto envidiaba a Renna y Hía, que habían llegado al IV Nivel y podían, participar en larguísimas y apasionantes singladuras en compañía de Kurd-IV y otras personas tan sabias como él.

Kurd había descubierto en uno de sus viajes el planeta llamado Kraa o de las Mujeres-Canguro, que llevaban a sus hijos pequeños en

una enorme bolsa del vientre.

También había explorado la misteriosa región cósmica llamada Nictax o de La-Sombra-Profunda, que algunos consideraban el límite del Cosmos-Palpable. Es decir, donde se borraba todo resto de existencia física para entrar en el tenebroso mundo de la Anti-Materia, tema del que Kurd me había hablado algunas veces.

Pero esto no era todo. Antes de alcanzar su envidiable Nivel-lV de la escala *roxt,* Kurd debió llevar a cabo otras extraordinarias proezas, como las pruebas de supervivencia en el tórrido desierto de Ramp-Heeri —situado en el ecuador de Magna—, en cuya superficie se fundían constantemente las rocas y minerales más densos y de cuyos profundos volcanes fluía sin cesar la lava maloliente que envenenaba irremisiblemente los pulmones y la sangre de los animales. Kandra, una de las profesoras del Nivel-II, nos había explicado que Kurd-IV había logrado sobrevivir gracias a una concentración mental muy dolorosa, que le permitió convertirse temporalmente en una especie de masa mineral, pero yo era aún demasiado torpe para comprender ciertas cosas.

Otra de las experiencias del héroe había tenido lugar en Halgur, el planetoide de nuestro propio sistema en el que existían unos seres inteligentes que vivían en el agua. Los *greenx* u hombres peces eran caníbales, por lo que Kurd había estado a punto de ser devorado, aunque consiguió ponerse a salvo, en el último momento, gracias a sus inauditos poderes, que le permitieron escapar del agua y *volar* hasta un promontorio elevado. Los temibles *greenx* no pudieron llegar hasta él, puesto que les era imposible respirar el aire.

Esta facultad de trasladarse en el espacio, a considerables distancias, pero por cortos espacios de tiempo, la había adquirido Kurd en el asteroide llamado Eiayde, donde vivían los seres llamados *crossmanes*, hombres que poseían la posibilidad de trasladarse en el aire a voluntad con una simple aunque muy dolorosa concentración mental.

Todo lo que rodeaba a Kurd se convertía en algo maravilloso que rozaba los límites de lo real para entrar, a veces, en el terreno de lo fabuloso. Para los que teníamos la suerte de conocerle y amarle, Kurd venía a ser una especie de *dios* —palabra que había aprendido en los relatos mitológicos de Magna, literatura de la Prehistoria del Dominio—, aunque era evidente que Kurd tenía a su alcance poderes muy superiores al de aquellos infelices y remotos dioses.

Como miembro de un *status* muy superior al nuestro —los del Nivel-II—, Kurd era considerado automáticamente como *teacheex* o profesor, de modo que, muy de vez en cuando, le teníamos en nuestras aulas, describiendo con su palabra fácil y voz bien timbrada exóticos mundos, pavorosos infiernos, dilatados valles donde aún pululaban peligrosas fieras irracionales y mastodónticos monstruos cuyo terrorífico aspecto él sabía recrear para nosotros tan gráficamente que llegábamos a sentirnos sobrecogidos por el espanto.

Nunca gocé tanto como cuando Kurd daba sus charlas, con las que trataba de ir familiarizándonos con el mundo exterior, sus maravillas y sus... peligros.

Nos habló en una ocasión de Nictax, región de la Sombra-Profunda, en cuyos límites se habían perdido numerosos cuerpos celestes para ser absorbidos por la Nada. Estos conceptos, tan sutiles y extraños, solían provocarnos escalofríos de pánico, pues Kurd nos describía a lo vivo a los *nictaxees*, o pobladores de la Zona-Oscura, seres tan negros como la noche que jamás habían visto el sol, pero que vivían en asteroides tan ricos en yacimientos energéticos que podían convertir sus mundos en ascuas de luz que, en lugar de recibir la luz de un astro, relucían —aunque a poca distancia— como verdaderos soles. Y en fin, nos hablaba también de los seres inferiores que vivían en Gloope, planetoide próximo a Nictax, cuyo destino era ser absorbido inexorablemente por el Mundo de la Nada. Según Kurd, en Gloope vivían unos seres que se arrastraban como babosas, carecían de vista y de oído, a pesar de lo cual, dejaban una estela fosforescente tras su paso, tan lento que apenas era perceptible.

—Desde cierta altura —decía Kurd—, Gloope se ve cruzado por millones de esos rastros fosforescentes, que, curiosamente, no se extinguen jamás. Así que lo que se divisa desde el exterior es una especie de inmenso plano negro cruzado por incalculables hilillos plateados.

Algunos de estos relatos traían la inquietud a nuestro ánimo. Cualquiera que no conociera el carácter e idiosincrasia de la cultura del Dominio de Magna, imaginaría que Kurd trataba de asustarnos, pero no era cierto. La verdad es que gradualmente nos preparaban para enfrentarnos a circunstancias, ambientes y seres muy distintos a los que conocíamos. Se trataba, sobre todo, de iniciar el desarrollo de nuestra iniciativa, potenciando nuestra capacidad para afrontar sucesos incomprensibles e incluso temibles.

Pero Kurd se recreaba con especial delectación en descubrirnos

estampas más brillantes y atractivas del mundo exterior cansarme cuando nos describía panoramas tan luminosos como los de Jadex, donde las *hamanites* o mujeres-voladoras habían sabido construir un mundo aéreo y esplendoroso sobre un planetoide de aguas deletéreas. Las ciudades de Jadex estaban construidas de forma escalonada a partir de una sustancia que se cristalizaba casi instantáneamente, y que las *hamanites,* a modo de abejas o gusanos de seda, transformaban en sus estómagos y expelían por la boca. Según Kurd, las *hamanites* no disponían de hombres, es decir, de individuos del sexo masculino. Habían construido un matriarcado rarísimo —puesto que no podían gobernar sobre los hombres—, pero dominaban las ciencias y habían conseguido reproducirse *in vitro* —sistema «probeta»—, pues disponían de un inacabable banco de espermatozoides, aunque sólo permitían vivir a las niñas. Kurd nunca nos explicó qué hacían con los niños.

Para Kurd, Jadex no podía ser *un mundo feliz* **(1)**, y nos advirtió que su opinión no era producto de su idiosincrasia masculina, sino de la experiencia. Dijo que «no puede existir felicidad sino en la diversidad», pero yo no comprendí muy bien aquel concepto.

(1) En la novela titulada* Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, se describe un tipo de sociedad donde los niños nacen en laboratorios, sin la intervención directa de hombres y mujeres, como es lo natural.

De Jadex, Kurd podía pasar en unos segundos a describir nos Newearth, cuyos habitantes vivían en una sociedad de tipo «capitalista». Kurd no nos explicó qué significaba esto de «capitalista», pero su charla resultó amenísima. Nos hizo saber que los moradores de Newearth provenían en su totalidad de un lejano planeta de la Vía Láctea llamado Earth (Tierra). En las ciudades de Newearth, la gente «compraba» y «vendía» cosas y cada cual tenía que pagar por todo lo que consumía, desde la enseñanza hasta la simple agua. Esto nos hizo mucha gracia, porque en Magna teníamos todo lo que necesitábamos y jamás habíamos necesitado algo que Kurd llamó «dinero» para vivir de forma espléndida.

También nos habló del distante macro-planeta de Orion llamado Zeta. Zeta era tan grande que en su interior cabrían holgadamente todos los planetas del Dominio Magna y aún sobraría sitio. Precisamente fue en Zeta donde Kurd se vio obligado a comer «carne» para sobrevivir. Al pronunciar la palabra «carne», Kurd no pudo impedir un rictus de repugnancia. Claro que no era de extrañar: consistía en devorar los cuerpos de seres animales.

En su último viaje, Kurd había estado en Kronyon, un planeta de masa semejante a la de Magna. Había encontrado en Kronyon a seres muy semejantes a nosotros, si bien en un lamentable estado de desarrollo físico y mental: aún se veían obligados a comer «carne» para subsistir. Según Kurd, no había muchos *beijlags* —nativos— en Kronyon: apenas unos diez mil, que habitaban la zona templada del planeta, pues la mayor parte de la superficie estaba cubierta por las zonas glaciales, de considerable espesor.

Cuando Kurd terminó aquella charla y se mostró propicio a qué le planteásemos algunas cuestiones en relación con Kronyon, yo le pregunté por qué llamaba *beijlags* a los nativos de este planeta. Kurd sonrió y nos explicó que siempre seguía la norma de crear nombres nuevos relacionados con el mundo recién descubierto. Así nos dijo que habían llamado Kraa al planeta de las Mujeres-Canguro porque, cuando descendieron sobre él, se iniciaba un pavoroso sismo. Al rasgarse la corteza terrestre, Kurd y los suyos escucharon un horrísono ¡KRAAA! y pusieron este nombre al nuevo mundo. En cuanto a los *beijlags* de Kronyon, aquel vocablo constituía una divertida anécdota: tras observar a distancia durante muchas horas a los nativos, Kurd se había acercado a un grupo de aquellos hombres. La mayoría huyó cuando le vio aparecer, pero uno de ellos quedó inmóvil y pronunció guturalmente: *« ¡Beijlags!»*

Kurd anotó ese nombre como genérico para designar a los habitantes de Kronyon, pero después, cuando aprendió su elemental idioma, descubrió que lo que aquel hombre le haría gritado era: *« ¡No-te-tengo-miedo!»*

Kurd tenía la facultad de arrancarnos una sonrisa o una carcajada después de describirnos vivamente infra-mundos capaces de llevar el terror a nuestros espíritus. De esta forma, lograba romper la tensión y ahuyentar el miedo, aunque, naturalmente, nosotros habíamos sido educados para no olvidar ninguna enseñanza, por nimia que pudiera parecer.

Aquel día, terminadas las clases, tuve la esperanza de que Kurd viniera a verme a mi departamento. Por desgracia, también Inx-allí y Krista tenían la misma esperanza, pues cuando Kurd dio por terminada su conferencia, las vi dirigir miradas llenas de ansiedad hacia nuestro héroe, que desapareció, tras su saludo, por la puerta que conducía a las estancias de los *teacheex* (profesores).

Taxira, Krista, Renna y Hía me trataban como a una cría. Las dos últimas estaban en el Nivel-IV, pero Taxira era N-III y Krista estaba en

mi mismo nivel. Imagino que me trataban con cierta desdeñosa condescendencia porque sólo hacía un *tei* —año de Magna— que había recibido mi iniciación sexual.

Sin embargo, era una verdadera mujer. Muy bella, según la opinión de todos los que me conocían.

Por desgracia para mí, ser tan joven era un considerable inconveniente. En la época que estoy describiendo, yo sólo tenía nueve *teis,* es decir, hacia poco tiempo que había abandonado la adolescencia. Si se tenía en cuenta que Kurd era un hombre de diecisiete *teis,* puede comprenderse mejor que me sintiera en inferioridad de condiciones frente a Krista e Inx-Allí, que tenían, respectivamente, once y trece *teis.*

Aquella noche esperé con especial impaciencia el largo período de acción de gracias a Bro-Alcatharama —Creador, Entraña y Todo del Cosmos.

Me contemplé en el espejo de metal bruñido y me vi guapa y plena de seducción. Pero, ¿de qué serviría todo esto si Kurd no acudía a verme?

Mi nerviosismo fue en aumento a medida que pasaba el tiempo y no escuchaba el tenue silbido del *zeichs* —bólido de transporte subterráneo. Al parecer, Kurd se había olvidado de mí. O lo que era peor, había preferido a una de mis compañeras.

Cuando me disponía ya a dormir —decepcionada y herida—, escuché el apenas audible silbido del bólido que acababa de detenerse en el ancho corredor. Volví presurosa sobre mis pasos, abrí la puerta y... ¡allí estaba Kurd, sonriendo entrañablemente!

—Buenas noches, mi pequeña esposa —dijo. Y me abrazó, me elevó en sus brazos y rozó cariñosamente su oreja derecha contra la mía.

A su contacto, me sentí sumergida en un mundo placentero y feliz. Kurd me llevó adentro y el bólido se alejó automáticamente hacia la superficie.

Aquella misma noche se produjo el primer ataque de los invasores de Newearth.

CAPITULO II

Fue algo horrible.

Kurd despertó de pronto y su estremecimiento me asustó ce tal forma que de un violento brinco me incorporé del lecho.

Como estaba soñando, le abracé y murmuré algunas palabras ininteligibles, movida por el temor y el nerviosismo.

— ¿Qué ocurre, Kurd? —pregunté, buscando su mirada.

Pero él me apartó suavemente y dijo:

— ¡Calla! Estoy recibiendo un aviso.

En el BENX o transmisor insertado en el cerebro que portaban los del Nivel-IV, Kurd podía escuchar los inaudibles mensajes del At-Parah o Consejo de Todos, formado por las personas del Nivel-VI, el más elevado, antes de llegar al *summum* es decir, a Max-Henna, el Insigne, cuya masa cerebral era el triple en volumen y concentración de cualquier ente en el Dominio de Magna.

Vi que los bellos rasgos faciales de Kurd se fruncían y tensaban.

Lo que escuchaba debía de ser algo terrible.

En seguida rozó su oreja derecha con la mía, oprimió mis hombros con delicadeza y afecto y saltó fuera de la cama. En breves instantes, estuvo vestido con su malla civil que se adaptaba prietamente a su cuerpo hasta semejar una segunda riel, resaltando, si ello era posible, su viril anatomía.

— ¿Qué ha ocurrido? —repetí, temerosa.

—Una alarma en Impoor —una de las ciudades del dominio—, Los invasores han atacado la ciudad desde el aire —respondió Kurd, sombrío.

Me abracé a él desesperadamente, pero Kurd sonrió y acarició mi cuello.

—Tranquilízate —susurró—. No tienes que sufrir por mi causa. Nosotros somos mil veces más fuertes.

Y se marchó.

Del pasillo llegó el suave zumbido del *zeichs* y en seguida volvió el silencio.

Me dejé caer en el inmenso lecho tapizado en fina seda celeste. Pensé en Kurd, en los peligros que, posiblemente, tendría que desafiar y me sentí inquieta, dominada por una gran angustia.

Al parecer, era la guerra.

De todas formas, yo no podía imaginarme qué era la guerra. Cierto que mis *teacheex* me habían hablado de tiempos pretéritos, en los que el Dominio de Magna se veía frecuentemente acosado por los ataques de extraños invasores procedentes de mundos próximos o remotos.

Según Kandra, por ejemplo, los de Ghandri-Eph —planeta situado en los confines del Dominio de Magna— habían atacado nuestro planeta unos cien *teis* atrás. ¡Cien *teis!* Me parecía tanto tiempo que se me antojaba una fecha remota, inescrutable.

Kandra explicó que los de Ghandri-Eph habían destruido su mundo después de interminables guerras intestinas, de modo que el planeta se había arruinado hasta la pobreza. Pero los seres de Ghandri-Eph, desesperados, habían armado una poderosa escuadra de

astronaves y se habían lanzado al espacio con el rabioso designio de conquistar otros mundos y obtener los víveres y riquezas de los que ellos carecían.

Había tenido lugar una lucha cruenta y larga, pues los invasores de Ghandri-Eph llegaron a establecerse en el suelo de Magna e incluso se hicieron fuertes en sus refugios subterráneos próximos al desierto de Ramp-Heeri. Cómo habían conseguido soportar las altísimas temperaturas del cinturón ecuatorial de Magna, nadie pudo explicárselo.

Pero los ejércitos del Dominio poseían un poder bélico y disuasorio considerable y finalmente los de Ghandri-Eph se rindieron.

El antecesor de Max-Henna consideró largamente el destino de los prisioneros. El castigo podía consistir en el aterrador «viaje sin regreso».

Consistía éste en introducir a los reos en gigantescos silos volantes, que eran impulsados en dirección a Nictax, límite del Mundo de la Nada. Era éste un castigo que algunos dictadores de confederaciones próximas solían aplicar a sus enemigos.

Sin embargo, el *summum* de Magna fue magnánimo y clemente: perdonó a los invasores y les permitió vivir en el Dominio, pues conocía sus miserias y necesidad. Los de Ghandri-Eph fueron asumidos por nuestra sociedad, que los convirtió en personas tan pacíficas y felices como nosotros.

Pero de esto hacía mucho tiempo. La amenaza no había vuelto a producirse desde entonces y Magna seguía desarropándose y progresando felizmente.

Me pregunté quiénes serían esta vez los agresores. ¿Un nuevo ataque desde Ghandri-Eph? No era de esperar: las últimas exploraciones del planeta llevadas a cabo por nuestros inspectores habían descubierto una superficie árida y desolaba sin rastro de vida humana.

No podía dormir. A cada momento, me erguía en el lecho agitada y desvelada.

Intentaba imaginarme el escenario de la contienda bélica entre nuestros ejércitos y los desconocidos agresores, a los cuales veía en mi imaginación como seres monstruosos, de repelente aspecto y facciones diabólicas, más parecidos a los animales del Hiper-Zoológico de

Impoor que a verdaderos seres humanos.

Evidentemente, yo nada sabía de la guerra. Nuestra sociedad, regida por el Gran Max-Henna, protegía eficazmente a los jóvenes de toda clase de peligros hasta la edad en que alcanzábamos la madurez y podíamos valernos por nosotros mismos. Entonces sí había llegado el momento de integrarnos en los niveles superiores para colaborar en todas las facetas de la vida de Magna. Cuando alcanzase el Nivel-III, yo pasaría a prestar servicios auxiliares, en las plantas de fabricación de alimentos, en las de maquinaria, en las secciones de exploradores o en el ejército.

El recuerdo de Kurd me obsesionaba. Aquella noche me había hecho vibrar y gozar del placer con toda la intensidad deseable.

Kurd podía parecer en algunos momentos excesivamente duro y rígido, casi inaccesible. Y luego, en la intimidad, se tornaba tan cariñoso y delicado que apenas parecía el mismo hombre.

Ahora, tendida sobre el lecho, recordaba el aroma seco y vigoroso de su piel que daba tacto de seda a unos músculos tan duros corno el metal. Y su apasionado vigor, el rumor de sus palabras amorosas susurradas a mi oído. Y…

Me interrumpió el clic metálico de los altavoces disimulados en el artesonado del techo, anuncio de una inminente comunicación para los del Nivel-II.

La voz de Kandra resonó un segundo después.

—Debéis saber que Magna ha sido atacado por una escuadra de invasores. Aún no conocemos su identidad, pero sabemos que su objetivo es Impoor, donde se hallan nuestras plantas de transformación y almacenaje de energía. Las últimas noticias recibidas de Impoor aseguran que el Hiper-Zoológico ha sido destruido. La mayor parte de la fauna conservada allí ha sido exterminada por los agresores y los animales en libertad que aún quedan con vida han provocado el terror en la población.

Encogidas las piernas de modo que mis rodillas tocaban el mentón, escuché con religiosa atención las palabras de mi *teacheex*.

—No quiero llevar a vuestro ánimo la incertidumbre y el terror, pero es conveniente que estéis informados para el caso de que At-Parah necesitase de vuestra colaboración en la defensa. De todas formas, seréis llamados a integrar cuerpos de defensa sólo en el caso

de que la potencia bélica de nuestros agresores desbordara a nuestras unidades de choque.

— ¿Tan grave es la situación? —me pregunté, un poco alarmada.

Kandra, sutil, se anticipó a mis especulaciones.

—No permitáis que vuestra imaginación vaya más allá de la realidad concreta. Posiblemente, no seréis movilizados. Una escuadra al mando de Kurd se aproxima ya a Impoor, con la orden de expulsar a los invasores. Os daré nuevas noticias en cuanto conozcamos la marcha de los acontecimientos.

Los altavoces enmudecieron y yo quedé sola con mis pensamientos.

¡Kurd comandaba la escuadra de choque! ¿No supondría esto demasiado riesgo para él?

—No te dejes arrastrar por el pesimismo —me dije—. Kurd ha superado peligros mil veces más considerables. Y siempre salió airoso.

Los razonamientos, por supuesto, no eran suficientemente eficaces contra mis temores de mujer enamorada.

Perpleja, me pregunté la razón de un enfrentamiento, de una guerra. ¿Qué oscuros motivos habrían impulsado a nuestros agresores? ¿Qué se proponían arrasando una floreciente pacífica metrópolis como Impoor?

En el Dominio de Magna, el principio de no injerencia en los asuntos de otras sociedades se acataba con observancia casi religiosa. Magna y su confederación de planetas jamás habían intervenido en los conflictos de otros mundos, a excepción de cuando era requerido para actuar como mediador.

Teníamos el respeto de la mayoría y la indiferencia de los más lejanos. ¿Por qué ahora se nos atacaba con tanta violencia sin mediar ninguna provocación?

Permanecí algún tiempo en una especie de duermevela hasta que volvió a oírse el clic de la comunicación.

Nuevamente era Kandra quien impartía la información.

—Nuestras unidades de choque han caído sobre las anticuadas naves de los invasores y se han visto obligadas a destruir algunas de sus unidades. Kurd acaba de informar: los agresores provienen de Newearth, uno de los planetas que integran la Alianza de Agora. Sin embargo, Impoor ha quedado prácticamente destruida tras el ataque. Nos cuentan que miles de animales del Hiper-Zoológico han escapado del Parcae Haffisch y han desaparecido en las proximidades, formadas por espesos bosques.

Animales feroces pululando en la selva, sin alimentos, sin medios suficientes para subsistir… Probablemente atacarían a cualquier incauto que se arriesgara a través de aquellos sombríos parajes.

—Nuestras naves han obligado a descender a uno de los vehículos de la Alianza de Agora. Kurd parece interesado en hacer prisioneros, que serán interrogados para conocer el alcance estratégico de la invasión. Iré comunicándoos las noticias que vayan llegando. De todas formas, parece que Kurd domina la situación por completo, de modo que no hay motivo para que estéis preocupados. Descansad. Yo os despertaré si se produce alguna noticia de importancia.

Así de fácil, Kurd dominaba la situación. Hasta el punto de conseguir el descenso y control de una de las astronaves enemigas, sin necesidad de recurrir a su destrucción.

Por supuesto, no me dormí.

Permanecí un gran rato especulando sobre el aspecto externo de aquellos invasores.

— ¿Por qué habían de ser tan repelentes y monstruosos? —me contradije—. Kurd es arrogante y apuesto. Luego…

En realidad, Kurd era descendiente de seres de una raza procedente de Earth (la Tierra). Es decir, del mismo planeta que vinieron los habitantes actuales de Newearth (Nueva Tierra). Si Kurd guardaba alguna semejanza étnica con ellos, no debían ser personas de aspecto repugnante, evidentemente.

Estos pensamientos me suscitaron otra cuestión. En Magna convivíamos pacíficamente personas procedentes de mundos opuestos y lejanos, entre los que se contaban hasta millones de criaturas procedentes de La Tierra, llegados, trescientos *teis* atrás, en uno de aquellos colosales éxodos a la desesperada.

Mi perplejidad se producía a partir del siguiente razonamiento: si los terrestres se habían integrado sin problemas en la sociedad de Magna, ¿por qué los de Newearth nos agredían ahora? Eran seres del mismo nivel intelectual... a pesar de lo cual, sus conductas diferían ostensiblemente.

En la época en que se produjo el éxodo de los terrestres, muchas de sus astronaves viajaron durante mucho tiempo a lo largo del espacio. Algunos fueron capaces de alcanzar un mundo habitable por sus propios medios, pero otros vagaron durante muchos *teis* a la deriva.

Según la Historia de Magna, los exploradores del Dominio habían encontrado y orientado a varias de aquellas astronaves, que finalmente descendieron sobre nuestro planeta.

Por desgracia, otros viajeros perecieron en la larga singladura y sus naves fueron atraídas por la desconocida fuerza de Nictax y desaparecieron para siempre. Y, en fin, algunos de ellos se aposentaron en Newearth, Kliire y Phormadión, los tres planetas que ahora formaban la enigmática Alianza de Agora. Eran éstos precisamente los que nos habían atacado e invadido, sin que sus motivos estuvieran explicados hasta la fecha.

Distraída con estos pensamientos, oí la nueva comunicación en la voz de Kandra.

—La guerra ha terminado —dijo—. Algunas de las anticuadas naves de Newearth han sido repelidas por nuestras unidades, lejos de nuestra área gravitatoria. Quince han sido destruidas y dos capturadas. Kurd y los componentes de las unidades de choque han hecho un centenar de prisioneros, que serán trasladados a Hiperión —la capital de Magna, donde yo residía— inmediatamente. Los prisioneros serán presentados ante el Consejo At-Parah e invitados a explicar los motivos que les impulsaron a atacarnos. Entre tanto, nuestros grupos de seguridad se esfuerzan en esterilizar las ruinas de Impoor y dan caza a los animales del Hiper-Zoológico, serán posteriormente enviados al Parque Irarúa. Así, pues podéis relajaros y descansar. Os deseo un feliz y reparador reposo.

Súbitamente, mis músculos se relajaron y una feliz somnolencia me asaltó. En el límite entre el sueño y la consciencia, murmuré:

—Querido Kurd...

Y me dormí.

CAPITULO III

De pronto, recibimos la sorprendente noticia:

—Max-Henna ha decidido que los integrantes del Nivel-II de Hiperión asistan al acto de interrogatorio de los prisioneros. Os servirá para conocer a seres de otras culturas y también para que vuestro espíritu se forme en la distinción entre el Bien y el Mal. Asistiréis, pues, a la Gran Asamblea At-Parah. Os ruego atención y silencio. Se os avisará poco antes de la hora en que deberéis trasladaros al Primg-Arath —Gran salón para asambleas, situado a gran profundidad bajo la superficie de Hiperión.

Inmediatamente, la ansiedad se apoderó de mí. Nos invitaban a un acto trascendente, que posiblemente estaría relacionado con nuestro paso al Nivel-III.

Después del almuerzo, vi a Taxira e Inkayi. Me miraban de reojo, pero yo me hice la desentendida. A pesar de todo, no me encontraba tan lejos como para no escuchar sus comentarios.

Hablaban de los prisioneros. Y de repente, escuché el comentario de Taxira:

—Dicen que la persona que dirigía la invasión era... una mujer. No, no es como nosotras. Gadia, que estuvo una vez en Kliire, dice que los de la Alianza de Agora son horripilantes, con el cuerpo cubierto de escamas y los ojos saltones, carentes de párpados. En tal caso,

podemos estar tranquilas... ¿Qué peligro puede suponer para nosotras una mujer escamosa... y resbaladiza?

Inkayi dejó escapar su alegre risa argentina. Me gustaba Inkayi porque era sincera y espontánea. Su presencia dejaba siempre un aroma de frescura e ingenuidad muy agradable.

Cuando terminó de reír, exclamó, al oído de Taxira:

— ¿No temes que Kurd sintiera la tentación de permitirse alguna clase de intimidad con esa... extranjera?

Las dos jóvenes rompieron a reír estruendosamente y se dirigieron hacia el hangar de los *zeichs*. Yo aún permanecí allí un momento, pensando en lo que acababa de oír a mis amigas.

¿Tendrían razón? ¿Sería posible que la mujer que comandaba a los invasores fuera un ser monstruoso semejante a los *ceenx* de Halgur?

Jóvenes de ambos sexos cuchicheaban en los pasillos con gran excitación. Evidentemente, todos los del Nivel-II nos sentíamos muy animados y ansiosos al saber que se nos deparaba una oportunidad poco común.

Mientras caminaba hacia el hangar, me pregunté si Kurd tendría algo que ver en la decisión de Max-Henna de permitirnos asistir al interrogatorio que tendría lugar aquella misma tarde en el Primg-Arath, ágora de grandes dimensiones que yo sólo conocía por referencias.

Tomé uno de los *zeichs* estacionados en el brillante hangar y me trasladé a mi apartamento privado. Estaba próxima a hora en que deberíamos asistir a una de las clases de formación espiritual, pero aproveché el tiempo que me quedaba rara acicalarme cuidadosamente de forma que permanecí en las habitaciones hasta la hora justa de trasladarme a las aulas.

Me interesaba mucho aquel día mi aspecto físico. Probablemente, Kurd, triunfador, asistiría al Primg-Arath, en calidad de interrogador, como era la costumbre.

Confieso que no logré concentrarme a conciencia en mi introspección espiritual durante la clase siguiente, en la que nos enseñaba precisamente a recogernos para comprender los grandes misterios de la Creación y del poderoso Bro-Alcatharama. Creador,

Entraña y Todo del Cosmos, deidad única de la Teología y Teogonia magnianas.

Al fin, ya bien entrada la tarde, Kandra y Zizza —otra de nuestros *teacheex*— anunciaron la suspensión del tiempo lectivo y nos concedieron un pequeño lapso para atender a nuestras necesidades personales, tras lo cual nos reunimos unos .20 jóvenes de ambos sexos que, guiados por nuestros preceptores nos dirigimos al hangar.

A través de los túneles verticales y horizontales, los milla res de *zeichs* que transportaban a los asambleístas fueron coincidiendo en los inmensos hangares-término del Primg-Arath.

Contemplé, admirada, las altísimas bóvedas y los relieves artísticos que decoraban aquellos colosales accesos. Fue la primera vez que sentí hondamente el orgullo de pertenecer al Dominio de Magna. Verdaderamente, tenían que ser muy grandes las criaturas que habían construido tan enormes y bellísimos edificios subterráneos.

Subiendo casi sin sentirlo por una gran rampa alfombrada en azul oscuro, llegamos a las tribunas del Primg-Arath. Mis ojos se abrieron, asombrados, al descubrir el colosal circo capaz de alojar a más de cien mil personas.

Silenciosas escaleras mecánicas circulaban alrededor de las gradas y descendían hasta el fondo circular del coliseo. Arriba, el vastísimo techo de la bóveda oblonga ofrecía en diapositiva una visión deslumbrante del Cosmos conocido y próximo.

Poco a poco fuimos tomando asiento en las gradas que nos habían sido señaladas. Instintivamente, procuré ocupar un lugar junto a la inefable Kandra, mi comprensiva y afectuosa profesora.

Al cabo, comenzaron a penetrar en el Primg-Arath el resto de los asistentes. Había algunas representaciones del Nivel-III. Luego llegaron los gestores del IV, del V y finalmente los componentes de At-Parah, que eran unos cinco mil.

De todas formas, el inmenso recinto apenas estaba ocupado en una décima parte.

Finalmente, resonaron en la gran bóveda las notas del himno del Dominio. Arriba, al otro lado del coliseo, se iluminó un acceso redondo y apareció el *Summum*, nuestro Insigne Max-Henna.

Era la primera vez que lo veía. Su enorme cráneo

braquiocefálico hubiera asustado a cualquiera. Su rostro, en comparación con la dilatada frente brillante, parecía diminuto. Pero era su capacidad craneana la que tenía un volumen absolutamente desproporcionado, pues el resto de su físico guardaba las proporciones normales entre nosotros.

Vestía una túnica naranja que brillaba como si tuviera luz propia y su presencia era de gran mansedumbre y majestad. Auxiliado por las personas que le servían, continuamente, tomó posesión de su sitial en aquel lugar elevado y preeminente donde se veía un fulgor azulado. Más tarde sabría que aquel resplandor circular era una protección electromagnética para evitar que los pensamientos del *Summum* pudieran ser interferidos por la tensión psíquica provocada a veces en el ágora.

En absoluto silencio, uno de los consejeros de At-Parah se alzó del círculo violeta y explicó en breves palabras el motivo de la asamblea. Añadió que At-Parah había decidido nombrar a Kurd como Inquisidor en el interrogatorio.

Bajo la luz cenital que surgía de las alturas, vi aparecer a Kurd, que vestía su malla de combate, de color plateado. Parecía un cíclope, erguido en mitad del ruedo. En aquel momento, le admiré intensamente y le sentí próximo y mío.

También oí su voz potente cuando ordenó a los introductores que hicieran venir al grupo de prisioneros que habían sido seleccionados de entre más de un centenar para comparecer ante el Consejo de Todos.

Nadie hizo ningún comentario, pero yo noté inmediatamente el clima de ansiedad. Ansiedad y expectación, eso era lo que llenaba el ambiente en aquel momento.

Luego, a través de una de las puertas del nivel inferior del recinto, penetraron cinco personajes.

Vi aparecer a una extraña mujer de piel marrón oscuro con los cabellos azules que despedían reflejos metálicos, y apenas pude contener mi' temor y mi sorpresa. Aquella mujer caminaba descalza con un paso felino y airoso, desafiante. En realidad, todo en ella estaba impregnado de desafío, desde su altivo rostro erguido hasta el provocativo contoneo de sus perfectas caderas, pasando por su orgullosa y lasciva actitud al adelantar los opulentos senos desnudos.

En sus muñecas, en los tobillos y en el cuello brillaban aros de

oro macizo. No llevaba más vestimenta que un pequeño taparrabos de un diseño y colorido semejante al de la piel de algunos felinos que yo había visto en el recién destruido Hiper-Zoológico de Impoor.

Evidentemente, aquella mujer no era como nosotras, pues el tono oscuro de su piel, su considerable estatura y sus rizados cabellos azules la hacían parecer muy diferente de nosotras. De todas formas, era una hembra tan atractiva que en seguida electrizó a los varones que asistían a la asamblea. Un poco envidiosa, admiré sus movimientos sensuales y el cadencioso movimiento de sus caderas. Por lo demás, aquella extranjera se parecía a cualquier mujer joven de Magna.

Abstraída en su contemplación, apenas había reparado en las personas que la seguían. Pero escuché una ahogada exclamación colectiva entre los asambleístas, miré y... comprendí la razón de su asombro; la segunda persona era absolutamente igual a la mujer que había penetrado en primer lugar. Y la tercera y la cuarta y la quinta...

En realidad, eran tres mujeres absolutamente iguales. Idénticas. No había el menor signo que las diferenciara entre sí.

Un poco nerviosa, apreté el brazo izquierdo de Kandra.

— ¡Iguales! —susurré a su oído.

—Deben de ser quintillizas —dijo. Y me impuso silencio con un ademán severo.

Quintillizas. Aquel vocablo me resultaba absolutamente desconocido. ¿Qué significaría?

Entre tanto, las extranjeras habían cruzado el coliseo y se detenían ante el podio que ocupaba Kurd, que examinó en silencio a las cinco mujeres.

—Gente de Newearth —dijo después, con voz potente y sonora —: Os encontráis ante el Consejo de Todos, que preside nuestro magnánimo rector, el bondadoso Max Henna. Sois conscientes de haber cometido un acto de agresión a nuestro dominio, y os habéis convertido en reas de un castigo. Pero el At-Parah quiere oíros, escuchar vuestras razones para perpetrar la invasión que ha costado la vida a muchos de los nuestros, ha arrasado la bella ciudad de Impoor y ocasionado otros muchos daños materiales y morales. Os ruego que meditéis sobre esto y que dispongáis vuestro ánimo para ser interrogadas.

Aguardó un momento. La asamblea contemplaba sin pestañear las siluetas estatuarias de las cinco mujeres de ébano.

Me pregunté en aquel momento si serían así los *nictaxees*, aquellos seres oscuros que vivían en el reguero de asteroides próximo a la zona de la Oscuridad-Profunda.

La bóveda repitió con un sonido impresionante la pregunta pronunciada por Kurd:

—En primer lugar, ¿cómo os llamáis?

La primera mujer se movió casi imperceptiblemente.

—Joansimmons —respondió, desafiante.

—Joansimmons —pronunció la segunda.

—Joansimmons —repitió la tercera.

—Joansimmons —exclamó la cuarta.

—Joansimmons —declaró la quinta y última.

La perplejidad recorrió las gradas. ¿Así que todas aquellas mujeres tenían el mismo nombre?

En cualquier caso, Kurd no demostró el menor asombro.

—Contesta tú, Joansimmons uno —indicó—, ¿Quién os envió a Magna?

La mujer negra que había penetrado en primer lugar apoyó sus finas manos en las ampulosas y brillantes caderas.

—Fue una orden de nuestro jefe, el mariscal Ivansergei —respondió, sin demostrar el menor temor ante la audiencia de más de diez mil personas.

— ¿Por qué atacasteis la ciudad de Impoor? ¿Qué os impulsó a impartir la destrucción y la muerte? —insistió Kurd, con una expresión inconmovible—. Jamás recibisteis la menor ofensa por parte del Dominio de Magna.

Sorprendentemente, Joansimmons-Uno dejó escapar una carcajada.

—Los de la Alianza de Agora no necesitamos la menor provocación para atacar los objetivos que nos interesan —declaró cínica—. Sencillamente, nuestros estrategas observan, vigilan, seleccionan y deciden. Vinimos a Magna a robar. Alimentos, productos energéticos, toda clase de víveres, medicinas, incluso secretos estratégicos y científicos.

De la asamblea surgió un murmullo ahogado. ¿Era posible tanto cinismo?

Kurd esperó un instante. Cuando los asambleístas se hubieron recuperado de la sorpresa, se encaró con Joansimmons-Dos.

—Reflexionad —dijo—. Vuestras acciones son inmorales, pero vuestra estrategia es sencillamente absurda. Ya habéis visto con cuánta facilidad os hemos repelido y vencido... Dime, Joansimmons, ¿es que no conocíais nuestro potencial bélico, nuestro nivel científico y social, la capacidad de nuestras ciudades subterráneas para resistir, en resumen: nuestra superioridad en un enfrentamiento violento?

Joansimmons-Dos giró sobre sus pies desnudos y paseó su mirada por el colosal círculo de las gradas.

—Bien, ¿y qué? —Respondió con desvergüenza—. El botín que podíamos obtener era superior al valor de una eventual derrota. Vosotros sois ricos, poseéis cosas que necesitamos. ¿Por qué no coger lo que nos hace falta?

Vi que Kurd plegaba los labios en un rictus de impaciencia. Sin embargo, a base de estoicismo, consiguió dulcificar su semblante.

AI cabo, se volvió hacia la otra mujer de ébano y preguntó a Joansimmons-Tres:

— ¿Qué opinas tú? ¿Piensas que el mejor procedimiento es destruir, matar primero y arrasar para... robar después?

—Sí. Atacamos para sorprender a nuestros enemigos y tomar lo que necesitamos. Y seguiremos haciéndolo —respondió.

Esta vez el murmullo asambleario subió de tono.

Incluso yo misma me sentía cada vez más indignada que sorprendida.

Advertí que Kurd se volvía bruscamente hacia las alturas.

Alrededor del sitial de Max-Henna, su azulado halo luminoso aumentaba intermitentemente de potencia.

Durante unos segundos, Kurd permaneció mirando fijamente a nuestro *Summum,* de modo que comprendí que ambos mantenían conversación telepática, porque el hombre que yo amaba se volvió con brusquedad y escrutó alternativamente el rostro de las cinco extranjeras.

—El Consejo At-Parah considera que vuestra acción es indigna e inhumana. Podíais haber pedido lo que necesitaseis y el Dominio os hubiera oído y amparado. De modo que os sería entregado lo que fuera preciso. Nosotros respetamos a todos los seres del Universo. Procuramos protegerlo en la medida de nuestras posibilidades, divulgamos la cultura y predicamos la solidaridad, pero abominamos de la violencia, del rencor y de la destrucción y la muerte, puesto que nuestra consigna es progresar en paz. Así pues vuestra conducta nos resulta execrable e incomprensible. En otras sociedades, vuestro proceder sería considerado punible —Kurd hinchó de aire su ancho tórax—. En Elayde y en Jadex, envían a los criminales a Nictax, para que desaparezcan en el tenebroso Mundo de la Nada, donde ni los pensamientos existen. Por ello, queremos saber qué clase de impulsos temerarios y suicidas os han empujado a agredir al dominio de Magna, cien veces más poderoso y ecuánime que vuestra Alianza de Agora. Yo, Kurd-IV, por designación del At-Parah os emplazo y conjuro para que deis una respuesta inteligible.

Tras el largo exordio, los asambleístas se inclinaron para escuchar mejor la respuesta de las extranjeras.

Aquellas mujeres —a las que yo designaba mentalmente con los nombres de Joansimmons-Uno. Dos. Tres. Cuatro y Cinco—, se miraron entre sí sonrientes y desafiantes. Sus ojos negros enfilaron lentamente a las distantes y elevadas tribunas, de modo que todos pudimos ver el brillo negro de sus pupilas.

Al cabo, fue Joansimmons-Uno la que respondió.

—Hemos oído hablar de Nictax y de sus horraras, pero no nos impresiona lo más mínimo tú alusión a ese infierno negro —se balanceó cadenciosamente sobre sus provocativas caderas—. Podéis matarnos a todos y no nos oiréis suplicar ni gemir ni una sola vez. Si nos matáis, vendrán millares y millares y aun millones de asaltantes procedentes de Phormadión, de Kliire y de Newearth... Posiblemente nos venceréis una y mil veces, pero nosotros seguiremos también una

y mil veces atacándoos sin piedad. Un día u otro, dominaremos vuestros secretos y aquel día os venceremos. Y entonces todo el dominio de Magna nos pertenecerá a nosotros. Entonces, habrá llegado el momento de que los supervivientes… emprendáis el viaje sin regreso hacia la zona de la Oscuridad-Profunda.

Una oleada de indignación y de sorpresa recorrió toda la asamblea.

—Pero vuestra postura, vuestra decisión, es inmoral, inhumana, demencial —exclamó Kurd, conteniendo a duras penas su indignación —. Las razones que dais no son ni justas ni coherentes. ¿Cómo osáis atreveros a desafiar a un enemigo mucho más potente que todos vosotros?

Joansimmons-Uno sonrió despectivamente.

— ¿Más poderosos… vosotros? —se burló—. Os equivocáis lamentablemente. No sois más poderosos a pesar de vuestros superiores conocimientos técnicos y de todo vuestro desarrollo científico y social. ¡Sois mil veces más débiles que nosotros, los hombres y mujeres de la Alianza de Agora!

— ¿Cómo puede entenderse esto? —preguntó Kurd, desorientado.

—Porque vosotros no conocéis el placer de la venganza, ni sentís ningún rencor contra los que os hieren. Nosotros sabemos que acostumbráis a ser indulgentes, excesivamente blandos con vuestros enemigos, y que también sois generosos hasta el sarcasmo… Así que éstos son vuestros puntos débiles, que nosotros tendremos en cuenta para destruiros.

El eco de las vibrantes y coléricas palabras resonó como una maldición bajo la colosal bóveda del Primg-Arath.

Advirtiendo el odio que latía en las palabras de aquella mujer, me invadió una extraña sensación de indignación, de incertidumbre y de… miedo.

CAPITULO IV

La llegada de Kurd me sorprendió.

La verdad es que no debía considerarme tan afortunada como para gozar de su presencia en plazo tan corto, así que, cuando él penetró en mi apartamento, mi corazón exultaba de íntima alegría.

— ¿Asombrada, mi pequeña esposa? —exclamó. Y me tomó por la cintura estrechándome contra sí.

Yo también le acaricié, tan lenta y sabiamente como había aprendido a hacerlo. Y sólo con él, pues era el único varón que yo conocía.

Kurd dejó escapar un prolongado suspiro del pecho y se dejó caer, derrengado, sobre el lecho.

Le desnudé y entonces hicimos el amor ardorosamente hasta quedar rendidos.

Al cabo, abandoné el lecho, me lave y volví a perfumarme, como a él le gustaba. Volví con un par de vasos metálicos llenos de fragante zumo y bebimos en silencio.

Cuando volví a mirarle, me pareció que el gesto de Kurd era reconcentrado.

— ¿Qué te ocurre? Pareces preocupado —comenté.

Plegó los expresivos labios y se esforzó en sonreír.

—Tienes razón —confesó, sincero—. Me preocupan esas gentes de Newearth, ese loco y desordenado ataque a Impoor, y, sobre todo, el resultado del interrogatorio. Esas cinco mujeres dirigían el ataque,

por eso me esforcé en acosar sus naves y obligarlas a descender. Sus respuestas me han dado qué pensar. En realidad, jamás conocí a criaturas inteligentes semejantes… ¿Es que lo único que les interesa es morir? Eso es lo que podría deducirse a partir de lo que ocurrió en Impoor, y más tarde, en el Primg-Arath. Tal vez antes de enviarlos contra Magna los… drogaron.

— ¿Drogaron? —exclamó perpleja.

—Drogar es ingerir o inyectar algunas sustancias capaces de alterar la voluntad y el equilibrio síquico y nervioso —respondió Kurd —, Una persona en tales circunstancias puede revolverse contra su instinto natural, contra los mecanismos ancestrales que nos permiten cuidar de nuestra integridad física y rehuir la muerte propia. Sí, definitivamente creo que los drogaron antes de mandarlos.

Medité sobre el tema. Y recordé a las Joansimmons, tan desafiantes y extrañas.

— ¡Qué horribles mujeres! —dije—. ¿Todas son así en los planetas de la Alianza de Agora?

Kurd rió. Sus ojos brillaron como el oro.

—Por supuesto que no. Esas cinco son de raza negra. Una de las etnias de la Tierra. Pero hay individuos blancos como yo, cobrizos como tú, incluso amarillos. Tipos intermedios, mezcla de dos o más razas.

—Eran muy… atractivas —opiné.

— ¿Tú crees? Yo te prefiero a ti —dijo él, galante, Y me abrazó e inmediatamente advertí que la pasión latía en su piel. Pero yo tenía demasiado interés en sonsacarle sutilmente, y aparté sus brazos.

—Dime, Kurd, ¿qué les pasará a los prisioneros? —pregunté.

—No lo sé, aunque imagino que Max-Henna se mostrará tan bondadoso y ecuánime como siempre. Hasta ahora, jamás conocí un castigo, un verdadero castigo —pronunció, pensativo—. Imagino que, a propuesta de Max-Henna, el At- Parah decidirá confinarlos en el *tquol* cierto tiempo.

— ¿Tquol? ¡Jamás escuché esa palabra! —exclamó desorientada.

—Eres muy joven aún —respondió él, comprensivo.

Normalmente, Kurd no solía explicarme muchas cosas acerca de cuanto yo ignoraba. La razón era que él no quería interferir en las enseñanzas del resto de los *teacheex*, que se llevaban a cabo de una forma gradual, programada.

Pero en esta ocasión, mi curiosidad era tan grande que insistí una y otra vez en mi deseo de conocer qué era el *tquol*.

Kurd cedió.

—Al fin y al cabo, dentro de poco sabrás... —se interrumpió con una expresión picara y me explicó que el *tquol* consistía en someter a un sueño profundo a personas que necesitaban de la reeducación, si bien también se había empleado como terapia en los desequilibrados mentales.

—Durante cuarenta o cincuenta días, se les someterá a un tratamiento subconsciente que tratará de enseñarles a discernir los principios elementales del Bien y del Mal —añadió Kurd.

— ¿Y después? —insistí.

—Despertarán del sueño y tendrán una idea muy distinta acerca de cuál ha de ser su conducta. Alguien podría confundir este tratamiento con un «lavado de cerebro», pero no hay tal, más bien se podría decir «lavado de corazón», si esa expresión significase algo entre nosotros. En realidad se trata de rehabilitación moral a través de las enseñanzas que se imparten en el sueño.

— ¿Qué se hará con ellos? ¿Los asumirá la sociedad magmana?

—Sí, si ellos lo desean, una vez conozcan a fondo el Dominio y las personas que lo habitamos. Pero no habrán perdido la memoria. Es posible que elijan volver a Newearth.

De todas formas, el *tquol* es un tratamiento positivo. Si las Joansimmons y el resto de los prisioneros, decidieran volver a su planeta, serian transportados allí y dejados en libertad. Su nuevo albedrío moral podría influir positivamente en las personas de su raza, del entorno de la Alianza de Agora —me explicó.

—De todas formas, las amenazas de esas mujeres sonaron temibles a mis oídos. ¿Crees que será verdad lo que dijeron? Me refiero a sus proyectos de atacar constantemente Magna y su confederación hasta debilitarnos —le planteé.

Kurd dudó.

—No lo sabemos aún —dijo—. Podría tratarse de una simple experiencia, de una prueba para comprobar nuestra reacción. Ellos llevan muchos *teis* viviendo en esos tres planetas, y jamás nos molestaron, aunque en los últimos tiempos algunas de sus desastrosas astronaves del Éxodo fueron interceptadas por nuestros servicios de vigilancia o de exploración. Quizá debimos vigilarles más de cerca a partir de los primeros encuentros espaciales... De todas formas, es lo que haremos de ahora en adelante. Habrá un servicio permanente de vigilancia alrededor de Kliire, Phormadión y Newearth, de forma que podamos detectar cualquier intento de invasión en Magna o en alguno de los restantes planetoides de nuestro dominio. Si es preciso, anularemos a sus unidades de ataque. Estas Joansimmons no nos conocen del todo. Evidentemente, abominamos de la violencia y de la muerte, pero nos defenderemos eficazmente de sus ataques. Como ves, en hipótesis, los de Alianza no tienen posibilidades de éxito —terminó.

La seguridad de Kurd me tranquilizó. Razonablemente no era posible imaginar una victoria de los subdesarrollados seres de la Alianza de Agora sobre la potente confederación del Dominio de Magna.

Me dormí en brazos de Kurd y soñé que emprendíamos un viaje a tierras lejanas, que descubríamos maravillas sin fin mundos aterradores y planetas hermosísimos.

Cuando desperté, Kurd no estaba a mi lado como de costumbre.

Era ésta una de las facetas de su personalidad que más me sorprendía y desesperanzaba: llegaba inopinadamente y desaparecía de la misma manera.

Era muy tarde. ¿Por qué el avisador automático no me había avisado aquella mañana a la hora precisa para asistir a las aulas?

Abandoné el lecho de un brinco y comencé mi *toilette* personal a toda prisa. Apenas acababa de terminar, cuando llegó Kandra, mi profesora.

—Querida, ha llegado el momento que tanto esperabas: el Claustro de profesores ha decidido que posees la formación suficiente para pasar al Nivel-III —anunció.

Exhalé un grito de alegría. Abracé a Kandra y rocé mi oreja derecha con la suya.

No podía creerlo, pero era verdad: me había convertido de la noche a la mañana en una mujer superior.

CAPITULO V

Como iniciación al Nivel III, fuimos llevados a Impoor. Jamás podré olvidar la terrible impresión que sufrí al contemplar las ruinas. Impoor, la hermosa ciudad de superficie, aparecía arrasada por la guerra.

El ataque de los invasores había pillado de improviso a sus habitantes, muchos de los cuales habían perecido en sus casas y en plena calle.

Los disparos térmicos de nuestros adversarios habían convertido a muchos de los nuestros en estatuas cenicientas que se desmoronaban a un soplo de brisa.

Lo que veían nuestros ojos desde las alturas caló profundamente en nuestro ánimo.

Desde las montañas de cascotes en que se habían convertido los airosos edificios, hasta los miles de cadáveres que eran incinerados en piras al aire libre para que sus espíritus pudieran volar libremente hacia el Mayranatta o Paraíso.

Fue éste mi primer contacto directo con la muerte.

Con la muerte cruenta y violenta, pues en el Dominio los jóvenes

éramos educados para afrontar la muerte natural como el lógico paso a un nivel superior que nos proporcionaría definitivamente una esencia placentera y pacífica en el edén de Mayranatta.

Así, cuando un anciano moría, sus parientes y amigos en lugar de entristecerse convertían la ceremonia de la cremación en un acto emotivo, pero carente de dramatismo y desconsuelo pues sabíamos que el fallecido iría a engrosar el número de los Elegidos, que gozarían para siempre de la presencia divina del Excelso Bro-Alcatharama, la Justicia-Viviente.

Sin embargo, nuestro instinto estaba profundamente marcado por el amor a la vida.

El tránsito al Mayranatta no era sino el escalón final de nuestras existencias.

De regreso a Hiperión, todos rodeamos ávidamente a Dwarix y Vintrah, nuestros nuevos *teacheex* para el Nivel-III. Nuestra excitación era lógica, tras el viaje a Impoor, y tanto el altísimo y venerable Dwarix como la bella y reposada Vintrah respondieron a nuestras cuestiones con serenidad y afecto.

Pero la tristeza se borró pronto de mi ánimo a lo largo de las jornadas siguientes.

Me habían seleccionado para el grupo especial de exploradores y fui destinada a una de las bases de astronaves para iniciarme en el conocimiento de las técnicas del pilotaje y comunicaciones.

Inkayi, la delgada, ingenua y agradable Inkayi, había pasado también al Nivel III y formaba parte de mi grupo de exploradores.

Conocimos a nuevos y atractivos amigos: muchachos llenos de optimismo como Noote y Tedavis, y preciosas jóvenes, como Gill-Aka, Joanbrown y Mariaruiz.

Los días pasaban veloces entre los ejercicios prácticos, que suponían cortos vuelos de cuatro a seis horas a bordo de astronaves de tipo medio, que nos llevaban hasta las proximidades de Halgur —el extraño mundo de los *greenx* u hombres-peces— o Elayde, el asteroide habitado por los *crossmanes*, ambos pertenecientes al dominio de Magna.

Las clases teóricas eran atractivas por la novedad, de modo que no nos costaba esfuerzo asimilar las nuevas y superiores enseñanzas.

Pronto simpaticé con Tedavis, un joven fogoso, delgado y esbelto, que empezó a acosarme sexualmente desde el primer momento.

A pesar de que el Nivel-III me permitía aceptar y elegir nuevos compañeros sexuales, rechacé a Tedavis con energía, pero sin brusquedad.

Naturalmente, el motivo de este rechazo no era otro que Kurd, del que seguía enamorada hasta la médula. Por desgracia, no había vuelto a verle desde la noche siguiente al interrogatorio de las Joansimmons.

¿Dónde estaría? Traté de indagar discretamente, pero Dwarix y Vintrah rehuyeron la cuestión sin darme explicaciones.

¿Tenían prohibido dar informaciones a sus alumnos o, sencillamente, ignoraban el paradero de mi amado Kurd?

Al pasar al Nivel-III, me habían designado un nuevo apartamento, situado a gran distancia del anterior: una sub-planta 3 a en las proximidades de la Base Pentax. A menudo, por tanto, me preocupaba la posibilidad de que él no pudiera encontrarme. Mis temores eran demasiado ingenuos: poco después supe que Kurd hubiera podido encontrarme en el momento en que se lo hubiera propuesto. Pero así era él y así habría de aceptarlo yo.

Otro tema que me intrigaba profundamente era el de los invasores prisioneros llevados al *tquol.* ¿Qué habría sido de las exóticas Joansimmons?

Pasó el tiempo. Unos setenta días después y cuando ya me había familiarizado con mi nuevo ambiente, recibí una confidencia terrible.

—No me extraña que no hayas vuelto a ver a tu escurridizo Kurd —me dijo una entrometida amiga llamada Haidanox—. Según he oído, le han nombrado tutor de las invasoras de Newearth. Demuestra un enorme interés por las cinco mujeres de piel negra llamadas Joansimmons.

Mi corazón ardió de celos inmediatamente.

Así que el muy ladino se sentía atraído por aquellas exóticas bellezas de piel marrón oscuro y caderas ampulosas...

Finalmente, me decidí a pedir permiso a Vintrah para mandar

un mensaje a Kurd. Me resultaba imposible vivir atormentada por los celos.

—Tengo entendido que está muy ocupado con el programa de adaptación de los prisioneros —me dijo la amable Vintrah—. De todas formas, tus calificaciones son excelentes y tienes derecho a una compensación. Puedes grabar tu mensaje. Lo haré llegar a Kurd —me prometió. .

Hice en seguida lo que Vintrah me proponía y entregué la pequeña placa circular a mi *teacheex,* que ella podía transmitir inmediatamente utilizando el canal reservado a profesores.

Por desgracia, transcurrieron muchos días antes de que recibiera su visita. Y entre tanto. Haidanox vino con nuevos rumores relacionados con Kurd.

—Yo que tú no me haría ilusiones, Kaiya. Si, ya sé que Kurd demostraba antes su preferencia por ti. Pero ahora... ahora convive diariamente con esas cinco mujeres en un gran apartamento contiguo al *tquol.* Dicen que por la noche se oyen risas y exclamaciones fuera de lugar. Alguien dice que Kurd vive en una interminable orgía con esas cinco mujeres...

Aquella noche, por primera vez en muchos años, lloré desolada sobre la fina seda que tapizaba mi lecho.

Y al día siguiente se presentó Kurd.

Tan inopinadamente como siempre, zumbó el avisador de la puerta de mi apartamento, abrí por control remoto y lo vi en la puerta, tan alto, poderoso, sonriente y entrañable que corrí hacia él y nos fundimos en un abrazo.

—Kaiya, estás temblando —me dijo—, ¿Qué le ocurre a mi pequeña esposa? —preguntó con voz dulce y afectuosa.

¿Y si todo fueran simples rumores, si fuera mentira que Kurd y aquellas mujeres...?

Pero Kurd mismo se encargó de destruir mi última esperanza.

—Imagino que tu actitud se debe a mi relación con las Joansimmons... —dijo, clavando en mis ojos los suyos dorados e inquisitivos.

—Hay quien dice que vives una irrefrenable orgía con esas mujeres —acusé.

Kurd sonrió.

—Lo de orgía no es cierto, exactamente. Sin embargo, confieso que he sido nombrado tutor y vigilante de esas mujeres durante su período de readaptación.

—E imagino que entre tus deberes se cuenta el de atenderlas sexualmente… —exclamé rabiosa.

Trató de pasar su musculoso brazo alrededor de mi cuello, pero por primera vez desde que me entregase a él, le rehuí decididamente.

—No es una atención sexual, Kaiya —puntualizó—. Seguí las instrucciones de At-Parah. El Consejo de Todos decidió que sería interesante que esas mujeres tuvieran hijos con uno de nosotros. Pensaron que ello ayudaría a su integración en nuestra sociedad. También los prisioneros del sexo masculino se han unido a jóvenes de Magna para fecundarlas. At-Parah me designó a mí. No podía negarme, Kaiya.

Me mordí los labios de rabia.

—Ya. Te impusieron un *repugnante deber* y tú te plegaste a él obediente como un *sacrificio* más —dije iracunda.

—Piensa como quieras —respondió él severo—. De todas formas, las leyes éticas del dominio autorizan a todos sus súbditos a mantener relaciones sexuales con las personas que sean de nuestro agrado…

— ¡Así que ellas son de tu agrado! —chillé fuera de mí.

—Tergiversas las cosas a tu capricho, Kaiya. Ya te he dicho que cumplí con mi deber. Por supuesto que un acto de esas características no puede llevarse a cabo si se siente repugnancia… —dudó al escoger las palabras que le permitirían explicarse, pero finalmente calló, pudoroso.

No le ofrecí un vaso de zumo ni siquiera le hice sitio en el lecho. Mi cerebro zumbaba dolorosamente.

Hice un esfuerzo por controlar mis sentimientos.

Con voz sorda y concentrada, dije:

—Eras famoso por tus conquistas amorosas antes de que te conociera, Kurd. Luego… tuve noticias de tu relación con numerosas mujeres. Me sentí celosa, pero acaté esas leyes éticas de Magna que tú has invocado antes, aunque te deseaba para mí sola. A pesar de todo, conseguí mentalizarme para no morir de celos. Y llegó el momento en que acepté tal estado de cosas. Pero ahora tú, Kurd, te has entregado al placer con esas horribles mujeres que hablan de destrucción y de muerte, que demuestran una ambición y un egoísmo sin límites, que han lanzado contra nosotros una amenaza terrible: enviarnos hacia los tenebrosos límites de Nictax en un viaje sin retorno, camino del Mundo de la Nada…

Kurd me miraba fijamente sin pronunciar palabra.

Por mi parte, me esforcé en contener las lágrimas que ponían ya un escozor tibio en mis párpados.

—Supongo que no podías negarte a cumplir las instrucciones de At-Parah, pobre amor mío —expresé temblorosa— Pero a mí me resulta imposible aceptarte ahora, después… después de…

—Lo comprendo —respondió él sin asomo de despecho

Se puso en pie y caminó hacia la puerta sobre el piso de metal reluciente.

—Volveremos a vernos, pequeña esposa —dijo, sonrió apenas y añadió—: Hablaremos con calma cuando hayan pasado unos días. Quizá entonces… Buena suerte, querida Kaiya.

Se marchó, dejándome sumida en el dolor y en el tormento de los celos.

Me sentía tan desgraciada que aquella noche mi pensamiento voló a Hupper-Thas, la ciudad experimental situado al borde del desierto Ramp-Heeri donde vivían mis padres Ox y Lindasmith, con los que había vivido una existencia placentera y feliz hasta que cumplí los seis *teis* y fui reclamada por At-Parah para iniciar mi formación.

Por primera vez desde que llegué a Hiperión, añoré la ternura de mi madre y la protección de mi padre el sabio Ox, iniciador de muchas de las técnicas revolucionarias en el campo de la supervivencia que habían hecho del Dominio de Magna una de las más avanzadas sociedades del Cosmos-Palpable.

Aquella noche me vi necesitada de ternura y comprensión, pero era muy tarde para comunicarme con mis padres. Por otra parte, ellos tenían demasiadas cosas en qué ocuparse: además de la investigación, se hallaban entregados de lleno a la educación familiar de mi joven hermana, Oxlinth, que sólo contaba cuatro *teis*. Tardé mucho en dormirme. Apenas había conciliado el sueño, cuando el avisador automático me despertó, o así me pareció al menos.

Luego... la incesante actividad me obligó a concentrarme en los vuelos de adiestramiento, en las clases lectivas, en las mil experiencias que suponían mi envidiable Nivel-III.

El dolor disminuyó, la herida comenzó a cicatrizar.

No voy a decir que, a veces, no recordara con amargura la ruptura con Kurd. Aquel hombre soberbio había calado tan profundamente en mi corazón que resultaba un tormento desarraigarlo de mis sentimientos y de mi mente. Pero...

Por otra parte, el apuesto Teda vis seguía montando guardia incansablemente junto a mí.

Tedavis era atento, amable, simpático, excelente conversador.

Poseía un optimismo y una alegría inagotables, constituía por sí mismo un foco de atracción para las mujeres del grupo especial de exploradores...

Hubiera sido fácil ceder a sus deseos, a su constante ataque personal. Me abrumaba con sus gentilezas, me ganaba con sus demostraciones de amor. Era capaz de dejarse ganar al *kojjin*, un juego de habilidad mental, en mi honor, o distraer mis momentos de depresión con amables charlas acerca de los pintorescos miembros de su familia o con relatos humorísticos de sus relaciones con ciertas mujeres *asramth* de la lejana ciudad de Niilopoth...

Pero nada de esto hubiera sido necesario con ser una faceta agradable de su personalidad. Tedavis era viril y atractivo con su sola presencia física.

Traté de explicarme. Le hice saber que atravesaba una racha sentimentalmente negativa. El comprendió v cedió en su acoso, si bien continuó tratándome con cordialidad y delicadeza muy de agradecer.

Luego, fulminante, nos llegó la noticia de la fuga de prisioneros.

Nadie podía explicárselo: aquellos ciento y pico de individuos de ambos sexos parecían perfectamente integrados en la sociedad de Hiperión, cuando de repente, habían robado una hiper-nave y habían conseguido situarse en el espacio interior y escapar a pesar de la vigilancia que llevaban a cabo nuestras naves alrededor de Magna desde la fecha en que Impoor sufriera el asalto de las naves de Newearth.

Supe que At-Parah iniciaba una investigación acerca del incidente. El asunto era más grave de lo que parecía al principio, pues la fuga de los prisioneros ponía en tela de juicio la eficacia de nuestra vigilancia espacial en torno de Magna, con vistas a conseguir la seguridad para los planetas y asteroides del dominio.

Indudablemente, surgirían responsabilidades.

Y, ¿quién sería el máximo responsable? Kurd, sin duda alguna, pues a él había sido confiado el programa de readaptación del centenar largo de prisioneros.

Supe que algunos de los N-III del grupo especial de exploradores serían invitados como oyentes a la asamblea de Primg-Arath que trataría de poner en claro aquel asunto. Y me esforcé en ser uno de ellos. No lo Conseguí, por desgracia: mi grupo era tan homogéneo que se impuso el sorteo y el azar no me favoreció.

Sin embargo, Tedavis asistió a la vista y recreó para mí lo que había sucedido en la grandiosa bóveda del Primg-Arath.

Las personas del Nivel-VI que formaban el grupo de investigación acusaron a Kurd. Éste se defendió magistralmente: demostró que los prisioneros habían sido «preparados» en Newearth para resistir a las presiones. Una de las pruebas que esgrimió en su defensa fue que ninguna de las Joansimmons había quedado embarazada, pues las habían tratado en su planeta para dejarlas estériles.

Tampoco el *tquol* había sido efectivo, si bien el tratamiento narco-síquico a que en origen habían sido sometidos todos los invasores les permitió fingir que habían realizado su readaptación ética, como lo demostraba su conducta tras la aplicación del *tquol* se habían mostrado sumisos y dispuestos a asumir por propia iniciativa una nueva personalidad. No sólo esto: demostraron gran interés por asimilar la cultura del Dominio y alegremente dispuestos a integrarse en el nuevo mundo que para ellos suponía la sociedad pacífica del

Dominio de Magna.

—Hubiera aceptado mi responsabilidad, si hubiera faltado a mí deber —dijo Kurd—. Por otra parte, aceptar mansamente mi culpabilidad sería hipocresía y falta de decisión. Llevé a cabo el programa que se me ordenó como conocedor de las gentes de la Alianza de Agora. Los resultados aparentemente fueron positivos. Pero no contamos con que los invasores habían sido preparados para resistir nuestros humanos medios de disuasión. Fueron educados, preparados e incluso manipulados para llevar a cabo una misión que no sólo era de agresión y destrucción, sino de espionaje. Todo ello les permitió disimular y esperar la ocasión para escapar. Personalmente sólo me queda esperar que la acción de los prisioneros se limitase a esto. Sin embargo, debo confesar ante At-Parah mis temores de que esos falaces adversarios hayan podido también haber robado algún secreto científico o tecnológico.

Las palabras de Kurd habían elevado un sinfín de comentarios excitados. Por primera vez el Dominio se veía seriamente amenazado. No exactamente por personas sino por métodos engañosos capaces de obtener resultados mil veces más peligrosos como era el de penetrar en los secretos de la ciencia que nos había permitido disuadir a nuestros adversarios y vivir en paz hasta entonces.

El Sinothin o grupo de investigación se apresuró a exculpar a Kurd.

La verdad es que yo había temido por él. La pena, en caso de haber sido hallado culpable, hubiera consistido, *simplemente* en extrañarle, en hacerle el vacío. ¡Simplemente!

Para un hombre como Kurd, permitirle vivir como un vegetal hubiera sido su muerte. Desde luego, no hubiera recibido un castigo físico —como *tquol,* prisión, etcétera—, sino moral. Es decir, que lo dejarían sin cargos y sin hacer nada.

Yo, que conocía el carácter aventurero de Kurd podía considerar la posibilidad del extrañamiento en toda su dimensión. Posiblemente Kurd se hubiera suicidado para ser recordado en el Pabellón de los Héroes.

Por fortuna, nada de esto ocurrió, sino que Kurd salió limpio y airoso del Primg-Arath. No aclamado como un héroe, pero sí absolutamente inmaculado en su prestigio.

At-Parah le consultó en las fechas siguientes muy a menudo. Se

trataba de adoptar una nueva estrategia con vistas al peligroso azar de otra invasión por parte de la amenazadora Alianza de Agora.

Las consultas fueron secretas. Pero el resultado y la actitud tomada por At-Parah no se hizo esperar.

Inmediatamente, las factorías aumentaron la producción, los sistemas de seguridad y comunicación sufrieron variaciones que suponían un aumento de la técnica y la eficacia, las fábricas de astronaves, las plantas de fabricación de alimentos y las de transformación de energía sufrieron un impulso revulsivo que hizo vibrar al Dominio de una actividad y un interés nuevo.

Inmediatamente fue suprimido el sistema de vigilancia por la proyección espacial de sombras. El departamento correspondiente de At-Parah descubrió, después que los fugitivos se hablan ido, que se habían basado precisamente en este sistema para escapar al control de las astronaves que ejercían vigilancia alrededor de la amplia elipse que protegía nuestro Dominio.

Los nuevos controles de seguridad inéditos estaban basados paradójicamente en el principio de las sombras. Sólo que en adelanté, los proyectores electromagnéticos situados a gran distancia en el vacío, enviarían *sombras* de los invasores en cuanto el menor cuerpo sólido traspasase la elipse de vigilancia. Sombras o señales que serían proyectados a través de emisores de onda corta sobre los paneles de las estaciones de alerta.

Pronto conocimos la eficacia de los nuevos controles: una formación de «manchas», fue detectada pocas fechas después en el momento de atravesar la elipse. Eran diecinueve arcaicas naves de la Alianza, impulsadas a gran velocidad por un factor energético nuevo.

Sin embargo, nuestras hiper-naves de vigilancia reaccionaron y repelieron, fulminando a las naves y pusieron en fuga a aquellos engendros antediluvianos.

Sin embargo, el éxito de aquella acción no nos permitiría dormirnos. Era preciso permanecer alerta avisados de que un peligro cierto nos amenazaba con algo peor que la muerte: la consciencia de la Nada.

CAPITULO VI

—Antes de que estalle la guerra, antes de que todo sea irreversible —había dicho Max-Henna, nuestro *Summum*.

Se habían detectado otros intentos de ataques —infiltraciones, sería más exacto— a algunos de nuestros asociados en Halgur, Elayde, Jadex y en el recién anexionado y magnífico macro-planeta Zeta.

Eran picotazos de mosquito, agresiones procedentes de Kliire, Phormadión y Newearth que ningún daño nos habían causado. Detectadas a tiempo las infiltraciones, nuestras escuadras habían dado alcance a los arcaicos artilugios bélicos de la Alianza de Agora, que resultaron diezmados, destruidos o puestos en vergonzosa fuga.

Pero Max Henna, cauteloso, ordenó una asamblea del Primg-Arath. Pronunció entonces una frase enigmática, cuyo significado no alcancé a comprender:

—Un parásito no puede dañar al poderoso paquidermo, pero al fin puede engendrar tantos hijos que supongan primero una molestia insufrible y después un grave peligro para el elefante. Debemos, pues, saber cuál es la extensión de la plaga.

El Primg-Arath nombró numerosos Sinothin —grupos de investigación—, al tiempo que los investigadores preparaban nuevos

métodos de defensa.

Con todo, el designio del Magnánimo Max Henna no era disuadir con la violencia y la destrucción, sino averiguar, por el momento, el alcance exacto del peligro.

—Enviemos a algunos de nuestros exploradores *allá* —propuso —. Que sepamos cuáles son los proyectos del adversario —rehuía pronunciar la palabra enemigo—. Una vez poseamos esa información, obraremos en consecuencia.

Kurd fue designado para formar el grupo de exploradores que viajaría hacia los tres planetas de la Alianza de Agora.

Durante la asamblea del Primg-Arath, a la que yo asistí, advertí que Kurd me contemplaba fijamente a través de la distancia que nos separaba. Este era otro de sus prodigiosos poderes: entornando los ojos le era fácil convertir sus pupilas en prismáticos capaces de distinguir un insecto a una distancia donde una persona normal no sería capaz de ver ni siquiera una de nuestras hiper-naves. Si esto significaba algún interés por mí, no pude averiguarlo, pero de ninguna forma me atreví a sospechar lo que ocurriría poco después.

Aquella noche recibí una comunicación de Dwarix y Vintrah.

—El tiempo lectivo cesará temporalmente para ti, Kaiya. Has sido nombrada para integrar un grupo de exploradores —dijo Dwarix.

—Eso no quiere decir que hayas pasado al Nivel-IV —se apresuró a aclarar Vintrah—, sino que eres necesaria para una misión especial. Sólo temporalmente dejarás las clases para integrarte en una unidad dependiente de At-Parah.

¡Dependiente de At-Parah! Era una distinción que yo no creía merecer, pero me llenó de orgullo.

—Un *zeichs* te recogerá a la puerta de tu departamento. No lleves nada. No es necesario. At-Parah se ocupará de ti a partir de ahora —especificó Dwarix.

—Los dos te deseamos suerte, querida Kaiya. Sé que tu comportamiento será el propio de una responsable joven del Nivel-III —dijo Vintrah afablemente.

—Confiamos en ti, Kaiya. Ten fe y sigue las indicaciones de tus nuevos tutores. Volveremos a vernos *y* acabarás tu formación. Buena

suerte, Kaiya —me despidió Dwarix-V.

En cuanto cesó la comunicación me sentí nerviosa y excitada. Era lógico: aunque temporalmente, iba a pasar del Nivel-III a depender nada menos que de At-Parah, órgano de decisión y consejo en toda la vasta extensión del Dominio, de recordar que Dwarix me había advertido que no debía llevar nada.

De modo que me limité a refrescar mis sienes y mi frente, puse en orden mis cabellos y... sonó el zumbido del bólido, que acababa de detenerse en el corredor.

Dirigí una mirada emocionada a mí alrededor. Luego abrí la puerta, salí, me acomodé en el *zeichs* y me dejé llevar a través de los conductos cilíndricos que comunicaban la metrópoli semi-subterránea de Hiperión.

El vehículo se detuvo en un hangar desconocido. Era un lugar sorprendente, decorado con auténticos vegetales orna mentales e iluminado con fulgor verdoso que no hacía daño a la vista, al contrario de lo que ocurría en otros apeaderos.

Había una mujer esperándome. Era alta y esbelta, de piel bronceada como la mía, cabellos cortos y rizados y grandes ojos rasgados. En seguida reconocí a una de nuestras mujeres procedentes del lejano Niilopoth, patria de Tedavis.

—Soy Phaia-V —se presentó. Me sonrió y añadió—: Tú debes ser Kaiya-III.

Me tomó por un brazo y me guió hasta un nivel superior. Cruzamos una plaza oval, caminamos hacia una puerta de mármol verde jaspeado y me encontré en una amplia y espaciosa aula donde aguardaban otras quince personas. Entre ellas estaba mi amiga Inkayi, que me hizo un guiño, mitad de saludo, mitad expresión de orgullo por encontrarse allí.

Y entonces apareció Kurd. Me miró un momento y dijo rápidamente:

—Puedes ocupar un lugar en la grada, Kaiya.

Me senté junto a Inkayi y advertí su ansiedad e íntima tensión. Kurd llamó nuestra atención y dijo:

—Las dieciséis personas que estáis aquí habéis sido

seleccionadas en virtud de determinados factores. Uno de ellos, vuestro nivel de formación. Otro, vuestra juventud. Otro, vuestro aspecto físico. Finalmente, también se ha tenido en cuenta vuestra resistencia, salud, fortaleza y presencia de ánimo. Todo ello os va a hacer falta porque vais a formar parte tras un breve entrenamiento de la unidad especial dependiente de At-Parah.

Apenas nos atrevíamos a respirar.

Habíamos tenido la fortuna de ser designados para cumplir una misión trascendental y no era cosa de echar a rodar la suerte. Permanecíamos tan atentos al menor gesto de Kurd, que él debía sentir la intensidad de nuestra concentración en su rostro y en sus ojos.

—Por supuesto —añadió—, es posible que alguno de vosotros no logre superar las pruebas a que os someteremos los próximos días. En ese caso, no debéis avergonzaros, pues en definitiva no dependerá de vuestra voluntad sino de ciertos condicionamientos físicos o síquicos. De todos modos, ojalá no haya que recurrir a la eliminación. Esto sería señal de que formáis un grupo homogéneo y capacitado para la misión en Agora.

¡Agora! Me sentí impresionada al escuchar esta palabra y el eco que produjo dentro de mi fue tal que tuve la sensación de que la había pronunciado en voz alta. Por fortuna para mí, no había abierto los labios, aunque la palabra estalló en mi cerebro.

—Nuestra misión consistirá en averiguar los designios de las gentes de Newearth, Phormadión y Kliire. Llegaremos subrepticiamente y nos confundiremos con los nativos. Viviremos entre ellos, estudiaremos sus costumbres y procuraremos pasar desapercibidos para ganar su confianza, hacer amistades y conocer sus proyectos sobre el dominio de Magna —explicó Kurd.

Hizo una pausa, para observar el efecto de sus palabras, sonrió y prosiguió:

—En resumen: llevaremos a cabo una misión de espionaje. Esta actitud no está muy de acuerdo con nosotros, pero Max-Henna prefiere que espiemos a los de la Alianza antes de que nos veamos obligados a destruirlos.

Dijo que la decisión había sido estudiada por At-Parah antes de que la misión fuese llevada a cabo.

—En cualquier caso, tenemos el precedente de que ellos nos espiaron a nosotros —recordé a las Joansimmons—, y posiblemente nos robaron secretos que en caso de guerra tendrían importancia estratégica, pues podrían atacarnos con nuestras propias armas. Por ello nuestra misión está justificada.

Paseó su penetrante mirada de un extremo a .otro y explicó:

—En contra de nuestras costumbres Vuestro nombramiento no es irreversible. Como se trata de una misión de gran responsabilidad y quizá de gran peligro, cualquiera de vosotros puede negarse a emprenderla. Desde luego, vuestra renuncia no sería tomada como un acto de cobardía o desacato, puesto que sois libres de aceptar o no. ¿Alguno de vosotros quiere renunciar? —preguntó con expresión grave.

¡Por nada del mundo hubiera hecho tal cosa aunque tuviera la seguridad de que mi vida corría un serio peligro!

La excitación de la aventura y el ansia de servir a la comunidad se imponían en mí a toda sensación de temor.

Mis compañeros debían pensar como yo, pues nadie respondió.

—Perfectamente —las facciones de Kurd se habían distendido en una media sonrisa—. Podéis ir a descansar ahora. Phaia-V os guiará a vuestros aposentos. Os ruego que pongáis todo vuestro interés en descansar y recuperar fuerzas para mañana. Los entrenamientos comenzarán temprano y temo que vais a tener todo el tiempo ocupado. Os deseo un feliz descanso.

Aguardé un momento, mientras mis compañeros descendían de las gradas. Esperaba que Kurd me mirase, hiciera un gesto, algo que significara un acercamiento, pero él se volvió y desapareció por el acceso de los profesores.

—Ya no me quiere —pensé con amargura—. Ni siquiera le intereso físicamente.

Bajé. Phaia me esperaba.

Sin embargo, mi amargura duró poco. Pensé en la multitud de vivencias que me aguardaban al día siguiente y sonreí por encima de todo.

Phaia me llevó hasta mi departamento. Era como el utilizado

hasta entonces: limpio, cómodo y en orden.

Me dejé caer en el lecho y soñé. Phaia cerró la puerta. Silencio.

* * *

Por desgracia, la advertencia de Kurd no fue vana. En las pruebas de los días siguientes cuatro de los nuestros fueron eliminados.

Sin embargo, Tedavis e Inkayi, junto conmigo, superaron los obstáculos y formaron parte de la selección definitiva.

—Me siento ansiosa por poner los pies en uno de los planetas de la Alianza —me confió Inkayi—. He oído decir que los habitantes de Newearth son magníficos como amantes.

— ¡Mirad la mosquita muerta...!

—Inkayi, el nuestro no es un viaje de placer, sino de servicio. Es una misión peligrosa —le hice notar.

Sonrió picarescamente.

—Lo tengo en cuenta... pues en caso contrario, hubiera sucumbido a las pruebas. Sin embargo, pienso que pueden vivirse apasionantes sensaciones sin dejar de cumplir con mi deber. No temas por mí, Kaiya: sabré responder —aseguró, borrada la sonrisa de su rostro.

Cierto que yo también experimentaba gran ansiedad. Después de aquellos días de extenuantes ejercicios físicos, necesitaba relajar mis nervios con la acción.

Transcurrió un día entero. Phaia nos había ofrecido alimentos ligeros, pero que poseían poderes relajantes que impulsaban al sueño.

Dormí muchas horas seguidas. Desperté con hambre, descansada y llena de energías.

Después de refrescarme en la pileta-cascada, me peiné y comprobé que era de noche.

—Incluso sería capaz de comer «carne» —me dije, expresando mi desbordante apetito.

Era preciso comer. Yo necesitaba comer y beber, lo necesitaba con urgencia, casi con desesperación. Phaia debería comprenderlo.

Pero sonó el clic de la comunicación y la voz de Phaia resonó en los altavoces del techo.

—Preparaos. Os he programado, mediante los alimentos, para que todos estéis despiertos y despejados a esta hora. Sé que tenéis hambre o sed, pero esto también está previsto: de esta forma vuestros sentidos estarán más despiertos. Prestad atención: saldréis a los pasillos y tomaréis ordenadamente los *zeichs* que os llevarán a la Hiper-Base Hargox. Kurd y yo os estaremos esperando. Id ahora.

Me apresuré a salir. En el pasillo vi a Inkayi y Tedavis, pero ninguno de ellos pareció reparar en mí. Serios y responsables, ocuparon los bólidos y les vi desaparecer en la profundidad de los conductos. Yo hice otro tanto.

Poco tiempo después mi *zeichs* se detenía en la imponente Hiper-Base Hargox, cuya cúpula de acero inexpugnable brillaba tenuemente a gran altura por encima de nuestras cabezas.

En el centro, vi una majestuosa astronave de metal azulado. Kurd se encontraba a escasa distancia. Junto a él, Phaia esperaba anhelante.

—Subid —dijo Kurd. Y nos mostró la leve rampa de acceso.

CAPITULO VII

Sin la menor vacilación, cada cual fue a ocupar el puesto asignado de antemano. Tedavis fue a comunicaciones, Inkayi disfrutó de un magnífico puesto de copiloto junto a Kurd y yo me ocupé de la cabina de defensa. Sabía lo que tenía que hacer. A estas alturas, todas las preguntas y consultas sobraban. Y otro tanto les ocurría a mis compañeros.

Nuestra hiper-nave vibró apenas y supimos que la cúpula de acero se había dividido en dos sectores y dejado libre una gran abertura a través de la cual ascenderíamos. Sólo transcurrieron unos segundos, breves instantes, enseguida cedió la vibración y Kurd condujo el enorme vehículo hacia las alturas.

Era de noche en Hiperión y en un hemisferio de Magna. Desde arriba y a través de un amplio monitor de televisión, vi con cierta nostalgia el resplandor tenue de las luces que situaban a Hiperión.

Volar no era nuevo para mí. Lo había hecho frecuentemente a lo largo de centenares de jornadas, pero habían sido vuelos diurnos, que no entrañaban el menor riesgo. Ahora, en medio del terciopelo mate de la noche, un leve escalofrío de terror recorrió mi cuerpo.

Los circuitos de comunicación estaban abiertos a bordo, de modo que moví el dial y conecté la visión a la cabina de navegación.

Vi a Inkayi en su asiento ovoide, atenta, absorta en la contemplación de los dilatados paneles de información del super-ordenador de a bordo. Luego Kurd se volvió hacia ella, sonrió y pronunció algo que no pude oír, pues existía una vibración anormal que hacía daño a los oídos.

De repente, me sentí celosa. Kurd seguía sonriendo, hacía un expresivo ademán con la mano derecha, seguía conversando animadamente con Inkayi.

— ¡Maldito abusón! —pensé—. Estás aprovechándote de las circunstancias.

¿Por qué no me había nombrado a mí para ocupar el asiento en que se sentaba Inkayi?

Cualquiera de nosotros estaba capacitado para ocupar cualquier

puesto a bordo. Y sin embargo, él había elegido a Inkayi. ¿Para qué? ¿Para provocar mis celos? Si era éste su objetivo, lo había conseguido totalmente.

Bruscamente, salimos de la zona de sombra y brotamos a la luz del sol. Manejé el dial con un gesto brusco y vi que nuestro querido Magna se alejaba en la distancia hasta convertirse en un puntito remoto y desaparecer por completo.

Bien. Ya estábamos metidos de cabeza en la aventura. La imagen cambió de repente y nos ofreció el rostro de Kurd, tan atractivo y tan... perverso.

—Vamos camino de Newearth —anunció—, aunque describiremos una larga elipse con el fin de evitar a sus naves patrulleras. Transcurrirán siete jornadas, durante las cuales recibiréis nuevas enseñanzas. También podréis plantear cualquier clase de cuestiones a partir de ahora...

—Y, por cierto, ¿cuál es la razón de que nos propongamos descender sobre Newearth y no sobre Phormadión o Kliire? —pregunté, inmediatamente.

La expresión de Kurd no se conmovió. Pero él se apresuró a responder:

—Kliire es un planeta pequeño, semejante a Jadex. Muy poco poblado y estratégicamente poco importante. Phormadión es mayor, pero allí sólo existen colonias de woes...

— ¿*Woes?* —le interrumpí con mala intención.

—Son unos seres inferiores. Humanoides, podríamos decir. Según la escala *roxt*, están a la altura intelectual del hombre de Cro-Magnon de la Prehistoria en La Tierra, ¿no recordáis vuestras clases de Etnología y Arqueología? Pues bien, se trata de un tipo humano elemental, rudimentario. Su aspecto físico está a mitad de los antropoides y el Hombre, propiamente dicho. Son humanoides peludos, de miembros bien desarrollados y escasa capacidad craneana.

— ¿Qué papel desempeñan los *woes* en Phormadión? —se me anticipó Tedavis.

—No os será fácil comprenderlo —respondió Kurd, irritado—. Los *pioneex* o seres humanos de la Alianza de Agora los utilizan como... esclavos. Es decir, se aprovechan de la escasa inteligencia de

los *v.oes* para emplearlos como mano de obra. Los *woes* son nativos en Phormadión, pues este planeta se encuentra en una evolución lenta aunque tardía, si se la compara con la sociedad magniana.

— ¿Quieres decir que... los *pioneex* imponen su voluntad a... a otros seres humanos? —preguntó uno de nuestros compañeros llamado Williamotis.

—Ya conocéis, aunque por encima, el carácter de nuestros agresores: prescinden de toda noción de justicia y equidad para implantar la ley de la ambición sin barreras. Por eso es preciso que, cuando descendamos sobre Newearth, seamos cautelosos e inteligentes. Pero Kaiya, con sus preguntas, ha conseguido que nos alejemos de lo principal: nuestros planes para Newearth. Se trata del planeta de mayor densidad de población y donde reside el Presidium o Gobierno despótico de la Alianza. La capital se llama Newashington, pero existen otras dos importantes metrópolis: Newlondon y Neuebonn...

Traté de asimilar los exóticos nombres. Kurd prosiguió sus explicaciones. Verdaderamente, poseía tantos conocimientos sobre Newearth que comprendí que jamás me podría igualar a él, aunque fuera capaz de gobernar la hiper-nave y destruir a toda una flota enemiga por mis propios medios.

—He sincronizado la marcha de este vehículo de modo que podemos llegar a Newearth cuando sea de noche en el hemisferio donde se encuentra situada la capital, Newashington. Naturalmente, tendré que estudiar con gran exactitud la geografía de esa región, situada en la proximidad del ecuador de Newearth, pues, aunque descendamos de noche, una nave tan colosal como la nuestra podría ser detectada. Por fortuna, la Alianza no dispone de cinturón de seguridad espacial. Es decir, no temen una posible agresión o incursión por nuestra parte.

—En tal caso, es fácil —dije.

—No tanto. Cuando descendamos, cuando estemos en tierra, tendremos que valernos por nuestros propios medios. No olvidéis que debemos hacernos pasar por ellos mismos. Es decir, nuestro aspecto general, nuestra indumentaria, nuestros modales... deben imitar los suyos, de forma que no desentonemos. Si no fuera así, nuestras vidas correrían gran peligro, os lo aseguro. Quiero que grabéis esto en vuestros cerebros.

Reflexioné. No todo era la aventura por la aventura. Teníamos una difícil misión por delante; era preciso por tanto poner atención a las explicaciones de Kurd.

—Disponemos de un excelente equipo: vestidos parecidos a los que usan los *pioneex,* por ejemplo. También disponemos de gran cantidad de barras de oro y plata, que los *pioneex* aprecian sobre todas las cosas. El oro y la plata nos servirán para obtener piezas de su «dinero», imprescindibles para movernos de un lugar a otro en Newearth, donde hay que pagarlo todo, desde el transporte hasta el sustento.

Añadió Kurd que, una vez en tierra, y a cierta distancia de Newashington, nos dividiríamos en dos grupos que operarían con independencia.

—Uno lo dirigirá Phaia y el otro yo. Utilizaremos transportes públicos para dirigirnos a Newashington, donde palparemos el clima de la calle y sus habitantes. Incluso intentaremos una incursión a niveles más elevados, el Gobierno, por ejemplo, para conocer los proyectos de los *pioneex* respecto al Dominio de Magna. Nuestra misión lo mismo podrá durar unos días que un largo espacio de tiempo. Aunque operaremos por separado nos comunicaremos frecuentemente y nos reuniremos para deliberar. En el equipo que se entregará a cada uno de vosotros encontraréis un emisor, una cantidad de oro y un eyector de rayos paralizantes. Se trata de un arma pequeña pero eficaz que sólo deberéis utilizar en caso de verdadero peligro, pues sólo tiene carga para cinco disparos.

Kurd nos dio consejos menos importantes y luego permitió que la mitad de nosotros nos reuniéramos con Phaia, la cual había dispuesto un banquete pantagruélico en una de las dependencias de a bordo.

* * *

Transcurrieron raudos aquellos siete días de singladura. Por fortuna, no se produjo ningún encuentro con las pre-diluvianas astronaves *pioneex.*

Alejándose en una larga curva, nuestra hiper-nave dejó atrás

Newearth para volver a su hemisferio que permanecía en sombras y comenzar el descenso sobre la superficie del planeta.

Fueron momentos de gran tensión. Todos permanecíamos atentos a la maniobra.

Mientras alguno de nosotros hacía fotografías con rayos infrarrojos, otros —como yo— vigilábamos el espacio, dispuestos a repeler cualquier agresión.

El reconocimiento previo llevado a cabo en el descenso, permitió a Kurd elegir el lugar a propósito para tomar contacto con Newearth.

Este fue un lago, un gran lago de aguas oscuras, situado a distancia prudencial de Newashington.

En mitad de la noche espesa, la hiper-nave descendió lenta y silenciosa y su largo fuselaje se hundió en el lago, hasta reposar en el fondo.

En aquel momento, todos dejamos escapar un suspiro de alivio.

La maniobra había sido perfecta. Los sistemas de detección de a bordo no señalaban ningún peligro próximo. ¡Estábamos en Newearth, dispuestos a cumplir con nuestra misión!

Kurd nos reunió en la cabina de navegación y fue nombrando a las personas que integrarían cada grupo.

Probablemente imaginé que decidiría incluirme en el que dirigiría Phaia. Pero me equivoqué: el grupo de Phaia —con seis de mis compañeros— quedó compuesto y yo no había escuchado aún mi nombre.

—...Rheia, Jimanix, Dendrus, Tedavis, Inkayi y Kaiya, formarán el grupo que dependerá de mí. Ahora, Phaia os dará las ropas que debéis vestir y un bolso semejante a los utilizados por los *pionexx,* y en el que encontraréis todo el equipo necesario —Kurd consultó los cronómetros de a bordo y añadió—: Aguardaremos al amanecer para salir. Y una última advertencia: en Newearth hay animales salvajes en libertad. Podéis tropezar con ellos incluso en el lago. Tened, pues, gran prudencia cuando emerjamos del fondo y no os separéis los unos de los otros.

¡Animales salvajes en libertad!

Esta noticia sirvió para que todos experimentásemos gran inquietud.

Pero Kurd nos infundía confianza y pronto olvidamos aquella desagradable sensación.

Así que finalmente había preferido que formase parte de su equipo. ¿Suponía esto algún tipo de inclinación hacia mí?

Aguardábamos expectantes, ansiosos por abandonar la hipernave y descubrir las maravillas que esperábamos encontrar en Newearth, aquel exótico planeta del que surgían los ataques de nuestros locos enemigos.

Al fin, llegó el amanecer. Kurd dijo con sencillez:

—Vamos.

CAPITULO VIII

Inkayi había estado a punto de ser atrapada por una criatura acuática que llegó hasta ella silenciosamente. También yo escuché el rumor de las aguas agitadas, me volví y vislumbré aquella forma alargada y escamosa.

De entre las aguas verdosas de la orilla emergió una cabeza terriblemente armada de dientes. Las mandíbulas se cerraron con un rumor escalofriante, a escasa distancia de las piernas de Inkayi, que inmovilizada por el espanto, parecía incapaz de reaccionar.

— ¡Vamos! ¡No te quedes ahí! —gritó Kurd. Y la aferró por un brazo y tiró de ella cuando aquel monstruo volvía a abrir las temibles fauces.

No ocurrió nada. Entre Kurd y yo sacamos a Inkayi en volandas y la depositamos en la orilla.

En seguida se tranquilizó al comprobar que el peligro había pasado. De todas formas, aunque nos dirigió una animosa sonrisa, miró con temor a la orilla, donde el chasqueado monstruo movía a coletazos las oscuras aguas.

Amanecía.

Echamos una ojeada alrededor y contemplamos pasmados de asombro los espesos bosques que circundaban el lago.

Altísimos árboles se elevaban por encima de la niebla que rodeaba la orilla y algún animal oculto lanzó un graznido que resonó quejumbrosamente sobre las aguas.

Nos habíamos reunido a prudencial distancia de la orilla y nos mirábamos entre sí con curiosidad.

Presentábamos un pintoresco aspecto, con aquellas estrafalarias ropas empapadas, los cabellos despeinados y chorreantes y una expresión de estupor en nuestros rostros descoloridos por la incipiente luz amarillenta del atardecer.

Kurd sonrió.

Seguía apoyando una mano protectora sobre el hombro de Inkayi, y yo me sentía envidiosa. Dijo:

—Pongámonos en marcha o pillaremos un catarro.

¡Un catarro! No sabía lo que era un catarro, aunque intuía que se trataba de algo terrible, amenazador, doloroso.

Pero Kurd nos explicó que Newearth estaba contaminado por millones de bacterias y virus peligrosos. Entonces comprendí el motivo de aquella larga serie de inyecciones a que Phaia nos había sometido en las instalaciones de la unidad dependiente de At-Parah: era para impedir que contrajéramos las enfermedades de Newearth.

Nos pusimos en camino, guiados por Kurd. Encontró una senda

en mitad del bosque y todos le seguimos a paso tan ligero que casi volábamos sobre la tierra apisonada que —según supe después— sólo utilizaban los animales salvajes.

Kurd nos había advertido acerca de aquel fenómeno.

—Os sentiréis más ligeros y ágiles sobre la superficie de Newearth. Eso es debido a la diferencia de gravedad entre Newearth y Magna. Pero no temáis: ese fenómeno, lejos de ser un obstáculo, supondrá una ventaja para nosotros.

El sol se filtraba a través de los árboles. Allá arriba se había desatado de improviso una algarabía de chillidos, graznidos y melodiosos silbidos. Cuando nos detuvimos un momento en un claro de la selva, quedé embelesada al descubrir en las alturas una bandada de gráciles aves que describían sus primeros vuelos.

Tan absorta quedé en aquella belleza que cuando volví en mí, mis camaradas se habían alejado un trecho considerable.

Tuve que galopar para alcanzarles y me uní al grupo. Kurd se detenía a veces, consultaba su «tableta» de información y proseguía la marcha incansable.

Después de cruzar el claro, profundizamos en la selva espesa. Influidos por la penumbra y el misterio que imperaban en el ambiente, habíamos reducido el ritmo de nuestra marcha y caminábamos en silencio.

A veces, escuchábamos rumores inquietantes: un bramido lejano, un bufido, seguido del estrépito de ramas tronchadas o el aleteo de un ave de gran tamaño, que alzaba el vuelo y desaparecía más allá de la cortina vegetal.

En una ocasión, Kurd se detuvo.

Se oyó un estrepitoso crujido y vimos cómo se tronchaba un árbol de grueso tronco. Atisbé entre las frondas y vi moverse una enorme masa cenicienta. Luego se oyó otro crujido y otro y otro... Varios árboles gigantescos cayeron destrozados y se oyó un bramido hondo, estremecedor, que hacía vibrar la tierra sobre la que estaban nuestros pies.

Imagino que los demás se sintieron sobrecogidos de pánico como yo.

Trataba de imaginarme sin conseguirlo el tamaño de aquel monstruo que bramaba en lo más profundo de la floresta, y era capaz de derribar árboles tan gruesos que no hubiéramos podido abarcar entre varios de nosotros.

Pero Kurd, inconmovible, exclamó:

— ¡Sigamos!

Y todos nos alejamos en pos de él, sin volver a recordar el incidente.

Poco a poco, la vegetación se tornó menos densa. Los espesos bosques se convirtieron en colinas arboladas que permitían que los rayos del sol secaran rápidamente nuestros vestidos.

Vimos a lo lejos una manada de ágiles antílopes que se alejaban a una velocidad sorprendente, saltando de forma increíble sobre los arbustos. La manada desapareció dejando como único rastro una polvareda amarilla.

Luego, bruscamente, Kurd se detuvo al margen de aquella cinta, lisa y negruzca, que él llamó «carretera». Le vimos consultar su «tableta» —que colgaba de su cuello, pendiente de una cinta metálica — y luego echó a andar, decidido, a lo largo del borde de la carretera.

Aquella especie de vía describía constantes curvas, subidas y bajadas. Fue precisamente en las proximidades de una de aquellas vueltas, cuando escuchamos el horrísono estrépito.

Algunos de nosotros, asustados, nos protegimos en la maleza tierna del borde del camino. De repente, el estrépito aumentó de volumen y vimos surgir un vibrante armatoste sobre ruedas neumáticas que giraban sin cesar devorando la carretera.

—No os asustéis —advirtió Kurd—. Es un autobús. Un arcaico medio de transporte de uso corriente en Newearth. Esto quiere decir que nos encontramos cerca de alguna población.

El artilugio sobre ruedas se abalanzó sobre nosotros. Por un momento creí que nos iba a aplastar, pero lo cierto es que cruzó rugiente junto a nosotros sin apartarse de su camino. A través de los múltiples cristales de- sus costados, vimos las siluetas de... ¡personas! Que agitaron las manos cuando nos vieron. Sonreían.

El sol calentaba de firme ya. El aire, rico en oxígeno, olía a

vegetales y a vida. Era un aroma que embriagaba, capaz de exaltar los sentidos. De pronto, me sentí feliz caminando por aquella carretera con ligereza, a plena luz del sol y sintiendo cómo mis músculos hormigueaban de placer.

Qué distinto era Newearth de nuestro avanzado Magna. En nuestras ciudades ni siquiera existían las «enfermedades». En cambio, en las poblaciones de este planeta, según Kurd, morían, a veces, miles de personas, víctimas de las epidemias.

De nuevo volvimos a escuchar el horrísono estrépito de antes. Otro autobús pasó, rugiente, junto a nosotros. Y también transportaba a personas semejantes a nosotros que parecían muy alegres y llenos de entusiasmo. ¿Por qué?

La circulación de aquellos vehículos se hizo más intensa. Ahora, de cuando en cuando circulaban en ambos sentidos. Acababa de adelantarnos un artilugio muy pesado al que Kurd llamó «camión». Era semejante a un autobús, si bien la parte trasera no transportaba pasajeras, sino larguísimos y gruesos troncos de árboles. ¿Para qué necesitarían aquellos materiales?

Lo supimos poco después, cuando llegamos a Broxville, un poblado cuyas míseras casas de una sola planta estaban construidas enteramente a base de madera.

Fue al descender una aguda pendiente. Al final de la misma, vimos en la distancia una dilatada llanura salpicada de árboles aquí y allá, en medio de la cual se alzaba Broxville, un poblado de escasa entidad.

Kurd sabía leer el lenguaje escrito de los *pioneex,* llamado *russpainglish* **(1)**. Nos aproximábamos a Broxville y encontramos un panel con unos extraños signos.

—*«Broxville, 2.099 habitantes»* —leyó Kurd. Y nos advirtió que en nuestros emisores de bolsillo había sido instalada una pequeña cápsula traductora y un teclado diminuto que nos permitía traducir automáticamente aquellos signos, pues si bien habíamos aprendido las frases indispensables de aquel lenguaje para entendernos de viva voz con los nativos, Kurd no había tenido tiempo suficiente para enseñarnos el alfabeto *russpainglish.*

Íbamos a tropezamos con un problema terrible, del que ya nos había avisado nuestro jefe. En Newearth no dispondríamos de los alimentos a los que estábamos acostumbrados en Hiperión, de modo

que tendríamos que hacer un gran esfuerzo para sobrevivir a base de los víveres que pudiéramos conseguir en Newearth. Esto incluía la posibilidad de vernos obligados a comer «carne» de animales. O pescado. U otras materias «cocinadas» al estilo del planeta en que nos encontrábamos.

(1) Kurd nos explicó ese mismo día que la palabra *rasspainglish* se había formado con los nombres de tres idiomas hablados antiguamente en la Tierra, el *ruso,* el *español* y el *inglés,* de cuya simbiosis resultaba un idioma nuevo, formado por vocablos de los tres idiomas originales citados.

El estómago se me encogió al pensar en esto. De todas formas, me había comprometido a realizar mi parte en el trabajo que se nos había encomendado por At-Parah, de modo que era bueno que me hiciera a la idea de que de alguna forma tendría que alimentarme para sobrevivir.

Nos acercamos lentamente a «Broxville, 2.099 habitantes». Kurd indicó que debíamos dividirnos en pequeños grupos de tres o cuatro individuos para no levantar sospechas entre las personas que habitaban el poblado.

Vimos varios vehículos detenidos bajo una especie de parasol de roca. Un hombre que vestía un holgado vestido caqui introducía una larga manguera en alguna parte de un camión. El aroma del combustible se expandía por el aire, mientras a cierta distancia un grupo de chiquillos perseguía a un horrible y peludo animal llamado «perro», que finalmente logró escapar, no sin dejar escapar una serie de penetrantes ladridos de dolor.

Más allá, a la derecha, un gran cartel anunciaba: «RESTAURANTE-BAR. COMIDAS».

Kurd caminaba en primer lugar, con Inkayi y Jimanix. Detrás íbamos Rheia, Tedavis y yo.

—Tengo hambre —dije. Y Tedavis se volvió y sonrió. «Yo también», respondió, «pero debemos seguir el ejemplo de Kurd».

De vez en cuando, cruzaban algunos vehículos por las calles adyacentes. Algunos de ellos, dotados de cuatro grandes ruedas, no se movían por si mismos. Asombrados, comprobamos que eran arrastrados por exóticos animales llamados «muías». Varias mujeres *pioneex,* que vestían ropas sutiles y ceñidas, pasaron riendo

alegremente cerca de nosotros. Una de ellas, de cabellos rubios y esplendentes, me sorprendió con su extraña actitud: llevaba en la mano una especie de cilindro blanco, encendido, que se llevaba a menudo a los labios y del que chupaba con fruición, tras lo cual lanzaba una bocanada de humo al aire. ¿Qué significaba aquel rito salvaje?

Kurd se puso en marcha. Caminaba lentamente —como lo hacían los nativos— y balanceaba los hombros del mismo modo, de una forma pintoresca y un tanto grotesca.

Cruzamos ante la casa que hacía esquina, donde se anunciaban «comidas». Al pasar ante la puerta entreabierta, mi nariz se distendió para aspirar los olores que surgían de aquel tugurio.

No me disgustó aquel aroma, aunque era más intenso y grosero que el que exhalaban nuestras asépticas comidas magnianas, fabricadas por procedimientos sintéticos y a ritmo tan veloz, que no era de esperar que jamás nos faltasen provisiones abundantes.

De todas formas, íbamos sintiéndonos más tranquilos a medida que comprobábamos que nuestra presencia no causaba extrañeza entre las personas que deambulaban a nuestro alrededor.

Realmente, teníamos una apariencia exterior muy parecida a la de los nativos, que no nos demostraban ninguna atención. Algunos hombres y mujeres nos miraban al cruzarnos, sonreían y pronunciaban «buenos días». O bien «magnífica mañana, ¿verdad?» o «Adiós».

El calor era ya insoportable. Sentí que comenzaba a exudar copiosamente. Pero algo semejante le ocurría a mis compañeros e incluso a los *pioneex* nativos.

Kurd se detuvo ante una casa de fachada acristalada, presidida por un gran rótulo en el que podía leerse: «ANTIGÜE DADES. DECORACION». Tras un momento de indecisión, penetró en aquella casa. Volvió poco después y fue reuniéndose disimuladamente con cada uno de los grupos.

—Tomad —dijo—. Es dinero. Suficiente para que utilicemos el próximo autobús hacia Moscow que parte dentro de unos minutos. La parada está allí, ¿la veis? Acercaos en grupo, pedid los billetes en la ventanilla y subid al autobús cuando me veáis hacerlo a mí y a Inkayi. Permaneced atentos.

El «dinero» eran unos trozos de papel con una cifra: cinco, diez,

veinticinco, cincuenta y cien. En su anverso se veían tres rostros de *pioneex*. Con mi traductor automático averigüé que aquellas personas eran Ivansergei, Ginaforti y Glenblair, componentes del Presidium o Gobierno tiránico de la Alianza de Agora. Una leyenda en la parte superior del billete decía: *Audacia, Conquistas, Progreso*.

Sentíamos las fauces secas, la garganta seca, la respiración dificultosa... y una sed terrible, insoportable. Del establecimiento de la esquina nos llegaba el alegre tintineo de cristales y un aroma penetrante a bebidas y comidas.

Como si hubiera adivinado nuestro estado de ánimo, Kurd se dirigió hacia allí. Entró y volvió con unos envases metálicos, de los cuales tiró apenas y brotó un chorro de espuma.

A mí me ofreció uno, me lo llevé a los labios con precaución y noté la frescura de aquel líquido, aromático, picante y dulzón. Lo bebí a pequeños sorbos y cuando terminé no supe qué hacer con aquel envase. Pero Kurd lo había arrojado a una caja metálica al borde de la calzada y yo hice otro tanto.

Después de beber, mi ansiedad decreció y me sentí más fresca y vigorosa.

Entretanto, mis compañeros fueron desfilando por la «taquilla» y adquirieron billetes para el autobús, con destino a Moscow, que llegó al cabo, traqueteando y envuelto en una nube de polvo a través de la carretera que nos había traído a Broxville.

Kurd e Inkayi subieron, luego lo hicieron Rheia y Jimanix y finalmente les seguimos Tedavis y yo.

Dentro del angosto vehículo el calor y el hedor eran insoportables. Reinaba un ininteligible guirigay formado por los llantos de pequeños seres recién nacidos que chupeteaban los pechos de sus rollizas madres, los gritos de los chiquillos y las maldiciones de los hombres.

Por fortuna, el vehículo se puso en marcha poco después y un soplo de brisa fresca penetró a través de los huecos de las ventanillas.

Fue un viaje interminable, doloroso. Al atardecer estábamos en Moscow... ¡Casi medio día para recorrer apenas doscientos «kilómetros»!

El sol acababa de ponerse cuando el armatoste se detuvo en la

enorme «plaza» de Moscow. Era ésta una población mucho más importante —«Moscow, 31.345 habitantes», leí en el rótulo indicador a la entrada— con calles más anchas y bien trazadas, edificios más altos y esbeltos, fachadas de cristal y un diabólico tráfico de vehículos de todas clases, entre los que vi, asombrada, unos que servían para trasladarse de un lugar a otro... ¡sobre sólo dos ruedas!

La animación y el movimiento eran aquí mucho más intensos.

Miles de personas deambulaban sin cesar en todas direcciones sin detenerse, ni descansar, como había visto en Broxville. Aquí, en Moscow, todo eran prisas y alocadas carreras.

Bajamos del autobús y nos mezclamos con la muchedumbre.

El vehículo siguió su marcha y desapareció entre el mare mágnum de viejos automóviles estrepitosos, chirriantes, que lanzaban a menudo trompetazos que a nada conducían, sino a aumentar el caos que reinaba en las calles de aquella ciudad.

Kurd se aproximó a nosotros.

—La muchedumbre nos permitirá pasar desapercibidos. Ahora es preciso que busquemos alojamiento.

— ¿Alojamiento? —preguntó Tedavis, perplejo.

—Naturalmente. Hemos de encontrar un lugar donde descansar. En este planeta, existen edificios llamados «hoteles», con habitaciones que pueden ocuparse por una cantidad de dinero. En esta plaza hay varios. Vedlos. Solo tenéis que decir: queremos una habitación doble. Os pedirán que anotéis vuestros nombres en el libro-registro. ¿Recordáis vuestros nombres falsos? —al ver que asentíamos, añado —: No temáis, todo irá bien. Nos alojaremos por parejas, en el mismo hotel, si es posible. Yo me aseguraré de que estáis perfectamente acomodados. Mañana por la mañana nos reuniremos en este mismo sitio —nos mostró el alto pedestal con una efigie de Ivansergei—. Pasaremos algunos días en esta ciudad. Será nuestra prueba de fuego. Cuando todos os hayáis familiarizado con esta sociedad, emprenderemos viaje a Newashington.

Le vi hablar con Phaia y su grupo. Luego se dirigió con Inkayi —no se separaba de ella ni un momento— hacia el otro extremo de la «plaza». Y le vimos penetrar en un gran edificio de quince plantas.

Por parejas, como él había indicado, fuimos desfilando hacia el

llamado «Hotel Galaxia».

Todo fue más fácil de lo que imaginamos. En el vestíbulo nos recibió un «conserje» que nos allanó el camino. Subimos en un anticuado ascensor y un jovencito de uniforme nos precedió hasta nuestra habitación doble.

Desde luego, las estancias eran demasiado pequeñas, y los servicios no podían compararse con los que teníamos en Hiperión u otras de nuestras ciudades magnianas.

El peor trago de la jornada tuvo lugar cuando aquel jovencito nos trajo una mesita rodante con la «cena». Pollo fiambre, ensalada, fruta y helados.

Tedavis atacó el pollo con furia, pero yo fui incapaz de probar un solo bocado de aquella «carne». Por supuesto Teilavis tuvo la deferencia de cederme su fruta y sus verduras, que fue lo que comí a regañadientes.

— ¿Qué hacemos ahora? —pregunté, vacilante.

—Estoy fatigado. Trataré de refrescarme en esa pequeña pileta y me iré a la cama. Imagino que tú estás deseando hacer otro tanto —respondió Tedavis con una sonrisa ambigua.

Fue a bañarse y luego lo hice yo. El problema surgió al comprobar que sólo había un lecho, aunque ancho para poder acogernos a los dos.

Vacilé, pero me sentía tan cansada que finalmente me dejé caer en la cama sin desnudarme.

Debí quedarme dormida en seguida. Ya entrada la noche, meˆ desperté bruscamente. Tedavis, enfebrecido, rozaba su oreja derecha contra la mía, y sus manos acariciaban con ansiedad mi cuerpo.

—Por favor, no —dije. Tedavis se puso rígido y no insistió.

Permanecí largo tiempo despierta. Finalmente escuché la respiración profunda de mi compañero y noté que el sueño volvía a mis ojos.

—Eres una estúpida —me dije a mí misma—. Has despreciado a un hombre tan atractivo y deseable como Tedavis sin tener en cuenta que lo más probable es que Kurd e Inkayi estén haciendo el amor en

este momento.

En aquel instante, se oyó un chirrido próximo y alguien penetró en la alcoba que se hallaba en penumbra.

Me asusté y salté en el lecho, pero Tedavis siguió durmiendo ajeno a todo.

Entonces escuché la voz profunda de Kurd.

—Descansa, Kaiya. Todo va bien —dijo.

Tan silenciosamente como había llegado, se marchó.

CAPITULO IX

Nuestra experiencia se desarrollaba sin incidentes. Duran te los días siguientes, el grupo de Phaia se separó del nuestro, incluso fueron a ocupar habitaciones en otro hotel. Siguiendo las instrucciones de Kurd, Tedavis, Rheia y yo ocupábamos las horas del día en conocer todos los rincones de Moscow. Habíamos visitado una factoría maderera donde trabajaban más de 2.000 *woes.*

— ¡Pobrecillos! —pensé al ver cómo aquellos cíclopes movían pesados troncos y trabajaban sin el menor descanso.

Pero mi asombro subió de punto cuando supe que los, *woes* no teman ningún derecho en la sociedad *pioneex.*

Trabajaban rudamente de sol a sol, eran castigados físicamente, y no recibían más compensación que su sustento y las ropas de dril que vestían. Dormían en miserables barracones cerca de la factoría y ni siquiera les era permitido convivir con sus mujeres.

Entre tanto, Rheia, Tedavis y yo habíamos cambiado por dinero unas barras de oro, y hacíamos compras en las tiendas, comíamos en los restaurantes que nos caían al paso, visitábamos estadios, teatros, cines y focales de diversión, por ejemplo, si anunciaban: «BELLAS MUJERES, ESPECTACULO». Me causó una honda sorpresa saber que las mujeres de Moscow, como las de todo el planeta, percibían una cantidad de dinero por hacer el amor. Esto para mí resultaba incomprensible.

Otra de mis terribles experiencias la viví en el Acuario de Moscow. A través de los gruesos cristales contemplé fascinada, los ejemplares de riquísima fauna acuática de Newearth, formado por especímenes que iban desde pececillos de colores hasta cetáceos y monstruos marinos que infundieron pánico en mi ánimo.

Luego, en uno de los acuarios, vimos a una gran cantidad de espectadores que contemplaban algo con atención.

Tedavis y yo nos acercamos y comprendimos el motivo de su expectación: en aquel gran compartimento había tres ejemplares de tos impresionantes *greenx* del planetoide Halgur, uno de los miembros del Dominio de Magna. Cómo tos *pioneex* habían logrado llegar a Halgur y robar a aquellos tres desgraciados *greenx* era algo que no podía explicarme, pero lo que me llenó de indignación fue que criaturas humanas como tos *greenx* fueran expuestas en un acuario a la curiosidad de los nativos, que reían y vociferaban señalando con gestos violentos a aquellos seres mitad hombre mitad pez que no obstante poseían inteligencia e iniciativa humana.

De pronto, deseé con toda mi alma que aquel grueso vidrio se rompiera y tos *greenx* pudieran tomarse revancha en aquellos estúpidos *pioneex* que se burlaban de la enorme cabeza escamosa de los hombres peces, de sus grandes ojos orientales, de sus largas orejas que terminaban en agallas y de la cresta ósea que coronaba su cráneo y se extendía hasta el final de la espalda.

Al final Teda vis y yo escapamos del Acuario indignados y dominados por la repugnancia. ¡Espectáculo más infame...!

De todas formas, la vida en Moscow no era desagradable.

Podíamos asistir a peleas horrendas entre hombres, que se golpeaban a puñetazos hasta que corría la sangre, entrar en las tiendas y comprar chucherías, contemplar «escaparates», atiborrados de mercancías, de lujosas túnicas y vestidos, presenciar «carreras» de automóviles.

A veces, cuando nos trasladábamos de un lugar a otro de la ciudad, veíamos a alguno de nuestros compañeros del grupo de Phaia, que iban atesorando experiencia con tanto interés como nosotros.

Por supuesto, no hacíamos ningún gesto de reconocimiento, pues Kurd lo había prohibido, sobre todo al descubrir que en Moscow existían nativos llamados «policía» que no sólo se cuidaban de reprimir brutalmente las manifestaciones callejeras sino que investigaban las conductas de tos sospechosos, e incluso arrestaban a personas por el simple hecho de exponer opiniones «políticas» en público.

—Por lo común, tos policías visten de azul —nos mostró a uno de ellos que hacía guardia en un edificio oficial—. De modo que procurad manteneos alejados de ellos, disimulad y no deis motivos para que sospechen de vosotros y os sigan, pues en ese caso estaríais en peligro aunque yo acudiría en vuestra ayuda.

También nos explicó que en Newearth existían otros policías más peligrosos, pues no vestían el uniforme azul y sólo se les reconocía con una gran práctica, y sobre todo por su aire inquisitivo y expresión hosca.

Así pues, nos sentíamos siempre un poco cohibidos por la amenaza de la policía, cuyas violentas y duras represiones habíamos tenido ocasión de comprobar en varios incidentes surgidos en la calle.

En aquellas ocasiones, Tedavis y yo nos dimos prisa en desaparecer disimuladamente tras lo cual sobarnos alquilar un automóvil para alejarnos de los lugares peligrosos con celeridad.

Habíamos descubierto para entonces algunas expresiones populares de la animosidad que los *pioneex* sentían hacia el dominio de Magna. En diferentes ocasiones encontramos carteles pegados a los muros en los que, con estilo panfletario, las autoridades instaban a la población civil a alistarse en el Ejército, para «la inminente conquista y destrucción de los perversos habitantes del Imperio de Magna».

Para entonces habíamos logrado desenvolvernos con gran facilidad. Cambiábamos de hotel, adquiríamos ropa distinta, utilizábamos transportes con soltura y comenzábamos a leer en

russpainglish con fluidez, además de haber depurado mucho nuestro conocimiento oral del idioma.

Aquella tarde tuvo lugar la «ejecución» de Amos-Brooks.

Amos-Brooks era un *pioneex* de larga barba y aspecto venerable. Vestía túnica blanca hasta los pies y convocaba a todos al entendimiento y la convivencia con las criaturas del Cosmos.

Aludía frecuentemente, para condenarlo, a los ataques que el Presidium había ordenado contra Impoor, en Magna, y animaba a su auditorio a rebelarse contra «los tiranos que sólo buscan satisfacer su egoísmo y traer la abominación y la catástrofe a Newearth, Kliire y Phormadión».

Amos-Brooks había sido arrestado en numerosas ocasiones. Las autoridades lo tenían en prisión muchos días, pero finalmente lo ponían en libertad, presionadas por una parte por la población más avanzada y progresista.

Cuando conocí a Amos-Brooks comprendí que la existencia de aquel «apóstol» podía ser de gran interés para nuestros fines y se lo dije a Kurd en una de nuestras reuniones.

Kurd no me dijo nada, pero sospecho que intentó ponerse en contacto secretamente con el audaz predicador de la «no-violencia». Ignoro si llegó a conseguirlo o no, pues apenas lo veíamos cada seis o siete días y nuestros encuentros eran mil veces más escuetos y breves de lo que yo hubiera deseado.

Pero aquella tarde, Tedavis y yo advertimos gran conmoción en las calles de Moscow.

— ¡Van a fusilarle, van a fusilarle! —oímos gritar a un grupo de jóvenes.

Todavía ignorábamos de qué se trataba en definitiva, pero la excitación del populacho era tan intensa que nos decidimos a seguir a distancia prudencial la riada de personas que corrían en una dirección.

Así llegamos a las afueras y contemplamos una masa formada por miles de seres que ululaban, vitoreaban o chillaban alrededor de un edificio llamado «cuartel».

Alguien salió a la puerta y utilizando un megáfono, hizo callar a las turbas.

—Amos-Brooks ha sido arrestado, después de que las autoridades comprobaran exhaustivamente su actitud sediciosa y traidora. La decisión acaba de llegar desde el Presidium de Newashington: los agitadores deben sufrir una muerte ejemplar, para que los que siguen a individuos como Amos-Brooks comprendan que el Estado no permitirá las deserciones y actitudes desleales. En resumen: Amos-Brooks ha sido condenado a morir fusilado. La sentencia será ahora mismo en la trasera del cuartel.

Las turbas abandonaron la explanada, corriendo violentamente hacia el lugar designado para no perderse el espectáculo cruento de la ejecución.

A mí me repugnaba contemplar la ansiedad en los rostros de los *pioneex* que nos rodeaban.

De ninguna forma hubiera aceptado asistir a un acto tan cruel e inhumano. Pero la decisión, por desgracia, no estaba en nuestra mano. De pronto, nos vimos empujados por la avalancha de las hordas y nos vimos obligados a dejarnos llevar por la corriente. Tuvimos que correr, empujar y chillar si no queríamos vernos pisoteados y muertos por las turbas sin control.

Cuando llegamos al dilatado llano situado en la trasera del cuartel, la muchedumbre rodeaba el cuadrilátero formado por las fuerzas del orden, que se esforzaban en contener a los excitados *pioneex*.

Tedavis y yo éramos empujados constantemente de forma que sin proponérnoslo fuimos a ocupar un lugar preeminente cerca del cordón de los policías.

Por una pequeña puerta del cuartel salieron los vigilantes que escoltaban al predicador. Empujaban a Amos-Brooks sin ningún respeto, pero aquel hombre colosal lograba mantenerse firme y desafiante.

El griterío de la turba se hizo más violento. Me volví y quedé aterrada al contemplar aquellos rostros desfigurados por el odio más tremendo. Rostros tensos, sudorosos, ojos brillantes dominados por el rencor y la cólera.

— ¡Muera el agitador! —gritaban.

Los vigilantes armados condujeron al predicador hasta el muro de piedra, ataron sus manos a la espalda y vendaron sus ojos con una

tela negra.

Pero Amos-Brooks giró la cabeza con un movimiento enérgico y lleno de dignidad, por lo que no llegaron a vendarle los ojos.

La multitud arreciaba en insultos, pero él hinchó el pecho de aire y cuadró los hombros.

— ¡OIDME. JAURIA DE PERROS RABIOSOS! —gritó con voz potente. Y la turba calló, sobrecogida, con un sentimiento supersticioso, como si aquel hombre atado pudiera soltarse y arremeter contra ellos.

— ¡¡OYEME. PUEBLO DE MOSCOW!! ¡ESTAIS EQUIVOCADOS! LA LOCA CARRERA BELICA DEL PRESIDIUM SOLO CONSEGUIRA LA DESTRUCCION Y LA MUERTE PARA NUESTRO PUEBLO. PUES SOLO EL AMOR Y EL ENTENDIMIENTO PUEDEN TRIUNFAR SOBRE LA BARBARIE Y LA GUERRA. YO VOY A MORIR. PERO MIS IDEAS SOBREVIVIRAN EN VUESTRAS MENTES. Y LLEGARA EL DIA EN QUE COMPRENDEREIS LA VERDAD Y SE ME HARA JUSTICIA. PUES SOLO QUISE VUESTRO BIEN Y EL DE TODAS LAS CRIATURAS DEL COSMOS.

Una descarga cerrada hizo callar sus palabras. Herido mortalmente por los disparos, Amos-Brooks cayó a tierra pesadamente.

Sucedió un silencio sobrecogedor religioso. Luego, de repente, las turbas rompieron el cordón policial y cayeron sobre el cadáver, que destrozaron en su loca ansia por tomar un pedazo de vestido de Amos-Brooks, a modo de reliquia.

—Primero le llevan ante el pelotón de fusilamiento y ahora... ¡ahora le reverencian como a un espíritu superior! Jamás comprenderé a estas gentes —exclamó Tedavis a mi oído.

Al fin, la muchedumbre comenzó á alejarse. Al griterío, a los empujones, a los chillidos histéricos, sucedió silencio y quietud.

Tedavis y yo permanecimos en aquel lugar unos minutos incapaces de reaccionar. Vimos que tres personas se acercaban al muro y recogían el cadáver destrozado de Amos-Brooks, que pusieron en una caja o ataúd y se llevaron.

Alguien dijo cerca de nosotros:

—Son los discípulos de Amos-Brooks. Aquel de cabellos largos y rubios es Sidburke, su mano derecha.

Pero nosotros nos alejamos de aquel lugar, sobrecogidos de espanto.

CAPITULO X

No habíamos hecho más que cerrar a nuestras espaldas la puerta de la habitación del hotel que ocupábamos, cuando Kurd entró detrás de nosotros.

— Williamotis, del grupo de Phaia, acaba de morir a manos de la policía —nos dijo sin más preámbulos.

— ¿Cómo es posible?

—Cometió un error. Se encontraba solo en la calle, caminaba sin rumbo fijo cuando vio venir a un policía de uniforme azul. Debió perder el control de sí mismo, pues bruscamente dio media vuelta y echó a correr. El policía sospechó y salió en su persecución, conminándole a detenerse...

Pero Williamotis no sólo no había obedecido aquella orden, sino que había corrido a toda velocidad, derribando a las personas que se cruzaban con él.

—Phaia lo vio todo: el policía disparó varias veces contra nuestro compañero, que finalmente cayó al suelo mortalmente herido.

Un automóvil de la policía recogió su cuerpo poco después. El cadáver fue llevado al depósito de cadáveres. Phaia y yo hemos logrado penetrar allí, pero no hemos podido hacer otra cosa que robar su cuerpo y enterrarlo en lugar seguro. El cráneo de Williamotis estaba destrozado a balazos, de modo que no pudimos hacer nada por devolverlo a la vida.

Kurd se dejó caer sobre el lecho. Era la primera vez que le veía absolutamente derrotado y sentí compasión de él.

Pero aquel momento de debilidad sólo duro un instante. Inmediatamente se irguió y nos miró:

—Creo que toda la responsabilidad es mía —declaró—. En mi afán por conseguir que llegaseis a desenvolveros perfectamente entre los *pioneex* antes de marchar sobre Newashington, permití que vuestra estancia en Moss u se alargaseen exceso. De modo que he dispuesto que abandonemos esta ciudad y nos encaminemos a la capital.

Sacó de su bolso unos pequeños frascos que dejó sobre el lecho.

—Teñíos los cabellos inmediatamente. Entre los *pioneex,* el rubio es el color predominante en cuanto a las cabelleras... Ese producto es fácil de usar y su acción es casi instantánea. En cuanto hayáis cambiado el color de vuestro pelo, abandonad el hotel subrepticiamente y dirigíos a la estación de autobuses que ya conocéis. Sacad billetes de autobús para Newashington, separaos y partid. El grupo de Phaia... menos Williamotis, se dirige ya a la capital. Nos encontraremos allí. No temáis, yo os encontraré y os daré nuevas instrucciones.

Se marchó inmediatamente. Tedavis y yo nos miramos en silencio, sin expresar la desolación, la pena y la preocupación que sentíamos.

Sin embargo, reaccionamos en seguida. Era necesario obedecer inmediatamente las instrucciones de Kurd y lo hicimos.

Una hora después, luciendo un extraño cabello dorado, abandonamos nuestra habitación del hotel, ganamos la escalera de servicio y salimos por una puerta secundaria a una callejuela poco iluminada.

Nos separamos en plena calle. Poco más allá, subimos a un autobús urbano que, a través de las concurridas y ruidosas calles de Moscow, nos trasladó hasta la terminal de autobuses.

Era ya muy tarde cuando subimos al larguísimo vehículo que nos había de transportar a Newashington. Tedavis ocupaba un asiento a poca distancia de mí, pero apenas me miró y yo adopté la misma actitud indiferente.

Se produjo un momento de extremada tensión cuando minutos antes de que el vehículo se pusiera en marcha para abandonar la terminal, subió un corpulento policía de uniforme. Sus ojos grises, inquisitivos, fueron recorriendo los rostros de los adormilados pasajeros. Cuando yo estaba a punto de prorrumpir en gritos de histeria, el hombre dio media vuelta y bajó. Nunca olvidaré lo cerca que estuve de traicionarme a mí misma.

El autobús atravesó las calles de Moscow a poca velocidad. En realidad, aquellos vehículos eran tan lentos que agotaban mi paciencia, pero había que plegarse a las circunstancias.

Cuando el vehículo dejó atrás la ciudad y ganó la oscura carretera, no pude evitar un escalofrió de conmiseración al recordar que el joven y apuesto Williamotis quedaría para siempre en aquella tierra extraña y hostil.

Me adormilé un rato, pero desperté sobresaltada cuando el autobús se detuvo en una pequeña ciudad de la ruta llamada Gadiz. Un hombre y una mujer bajaron pesadamente y otros tres individuos jóvenes subieron al autobús, ocuparon sus asientos y se amodorraron sin pronunciar palabra.

Fue un largo y tenso viaje, pues a cada momento esperaba ver aparecer la silueta azul de un policía. Por fortuna, nada de esto ocurrió y al amanecer vimos surgir de entre la bruma las siluetas de los altos edificios de la capital.

Newashington era una gran urbe, abigarrada y ruidosa, que se diferenciaba poco de Moscow, excepto, quizá, en que sus calles eran más largas, sus edificios más altos y había más gente yendo y viniendo por todas partes. ¡Qué diferente del orden y el silencio que reinaba en las super-urbes magnianas!

El autobús se dirigía hacia la terminal a la hora incierta del amanecer. En Newashington, la agitación política era más ostensible: enormes murales, en los que se veía a Ivansergei, Ginaforti y Glenbiair, los dos hombres y la mujer que formaban el triunvirato que gobernaba la Alianza de Agora. En todos ellos se apelaba el sentimiento patriótico de los *pioneex* y se les excitaba con el señuelo

del botín que los héroes conseguirían cuando el Dominio de Magna fuese aniquilado. A juzgar por la agresiva propaganda, el país vivía un clima de preguerra total.

También vi a través de los cristales de las ventanillas numerosos camiones, tanques y otros vehículos bélicos que paseaban constantemente por las calles de la capital. Se oían altavoces que desgranaban marchas militares y vibrantes himnos de guerra.

Todo esto me asustó mucho, lo confieso.

Tedavis y yo encontramos alojamiento en el hotel Sukov, próximo a la terminal de autobuses. Descansamos unas horas, pero no nos atrevimos a abandonar el hotel por si Kurd nos buscaba.

En efecto, poco después del mediodía, mi emisor zumbó quedamente indicando el principio de una comunicación.

—Sé dónde os encontráis. No os mováis de ahí. Me reuniré con vosotros esta tarde. No se os ocurra buscarme ni llamarme a través de vuestro emisor. Es sabido que en Moscow nos están buscando. La policía ha registrado los hoteles en los que nos alojamos allí, de modo que estoy buscando algún lugar donde escondernos y sentirnos protegidos.

Llegó a las seis. Parecía preocupado, aunque habló con la serenidad de siempre.

—Abandonad el hotel y seguidme, pero no deis a entender que no volveréis por aquí.

Salió y le seguimos pocos minutos después. No lo encontramos en la calle, pero echamos a andar y un viejo y chirriante furgón se detuvo a nuestra altura. El conductor era Kurd, que nos hizo una seña para que subiéramos.

Aquel vehículo olía a basura y el humo a medio quemar del combustible se filtraba en su interior, haciéndonos toser desaforadamente.

Pero Kurd puso el vehículo en marcha y lo condujo con gran seguridad a lo largo de las intrincadas calles de la capital.

—La idea para encontrar nuestro futuro refugio me la dio este furgón, que compré por poco dinero esta mañana. Disponer de un vehículo, aunque sea tan lento y asqueroso como éste, nos permitirá

trasladarnos sin utilizar los transportes públicos —dijo.

El furgón abandonó la ciudad, avanzó algunos kilómetros por una ancha autopista y se desvió luego por un caminillo lleno de baches.

Finalmente, se detuvo en una gran explanada donde se amontonaban toda clase de vehículos de transporte público: enormes autobuses, unos encima de otros, formaban una colosal pirámide de chatarra. Dentro de uno de ellos, encontramos a Rheia, Jimanix. Dendrus e Inkayi, que me dirigió una sonrisita llena de superioridad. ¿Le había hecho el amor Kurd? Era lo más probable, pues él no se había apartado ni un momento de la bella y falsamente ingenua jovencita.

Pensando en esto, hice rechinar los dientes, mordida por la rabia y los celos.

Pero Kurd llamó nuestra atención inmediatamente.

—Aquí estaremos seguros —declaró—, pues a la policía no se le ocurrirá buscarnos en un lugar tan miserable si, como sospecho, se proponen seguir nuestras huellas. Por fortuna, en Moscow conseguí ponerme en contacto con Sidburke, uno de los discípulos de Amos-Brooks, el apóstol de la «no violencia». Hablamos largamente y finalmente me identifiqué, pues no hubiera conseguido los fines que me proponía si Sidburke no hubiera estado seguro de que compartíamos parecidos ideales.

Dijo que había entregado a Sidburke una considerable cantidad de dinero, que aquel joven de cabellos rubios pensaba invertir en llevar a cabo una gran campaña de concienciación y agitación en contra de los proyectos bélicos auspiciados por el Presidium formado por el triunvirato Ivansergei, Ginaforti. Glenblair.

—De todas formas. Sidburke no confía en que sus esfuerzos influyan decisivamente sobre la población, pues los *pioneex* están obsesionados por arrebatarnos lo que ellos llaman «el tesoro de Magna». Así que tendremos que poner mucho de nuestra parte.

Explicó que Sidburke le había facilitado información valiosísima relacionada con diversos personajes del Gobierno.

—Así es que cada uno de nosotros se esforzará en frecuentar círculos y lugares que frecuenten los personajes más importantes a fin de conseguir secretos. Sidburke es de la opinión que el Presidium lleva

a cabo investigaciones secretas en relación con algún arma que podría inclinar la balanza a favor de la Alianza de Agora.

Dijo que a los hombres y mujeres de Newashington les agrada mucho el lujo en el vestir, en los automóviles, la decoración y todos los órdenes de la sociedad.

—Compraremos vestidos carísimos y joyas, y gastaremos dinero generosamente. En Newearth el gasto da idea de la categoría del personaje, de modo que nos conviene aparecer como potentados y derrochadores. Así nos abrirán sus puertas.

CAPITULO XI

Kurd tenía toda la razón del mundo. Vestida con lujosísimos y variados vestidos, peinados adecuadamente mis cabellos y luciendo joyas carísimas, me resultó fácil entablar relación con Hansbauer.

Hansbauer era alto, musculoso, macizo, con una poderosa testa coronando su sólido físico y una corta cabellera rubia. Reía con fuerza y fumaba constantemente. Esto no era todo: bebía licores sin cesar y gastaba dinero a manos llenas.

Poseía cinco grandes automóviles de aspecto impecable, y se jactaba de vestirse en el mismo sastre que el poderoso Ivansergei, el miembro más antiguo del Presidium.

Acudía todas las noches al Golden Palace, un local de placer de los más caros de la capital. Recostado en un gran diván, rodeado de

bellas mujeres, Hansbauer comía y bebía sin cesar. Era famoso por su incontenible afán de placeres, incluido el sexual.

La primera noche que hice mi aparición en el fastuoso salón principal del Golden Palace, apenas logré atraer la atención de aquel personaje.

Naturalmente, Hansbauer había bebido tanto que su mirada era turbia e imprecisa. Poco después dos ayudantes lo arrastraron a su automóvil y se lo llevaron.

Pero la segunda noche se quedó mirándome fijamente y poco después con su copa en la mano estaba a mi lado. Sus ojos, lujuriosos, miraron groseramente mis redondos senos que se insinuaban por encima del amplio escote.

— ¿Una copa, señorita…?

—Wallywells —respondí—, Gracias, pero apenas pruebo el alcohol.

—Es una lástima, señorita Wallywells. Tampoco le apetece bailar, supongo.

— ¿Por qué no? —contesté. Y él me arrastró inmediatamente a la pista elevada.

No se separó de mí en toda la noche. A medida que bebía se volvía más audaz, pero yo lo aguantaba sin permitirle concesiones fuera de lugar.

Fue así como conseguí atraerle hasta casi enloquecer. Ya no se hacía acompañar por aquel coro de aduladores. Me aguardaba cada noche en un rincón del salón, y acudía en cuanto me veía aparecer.

Una noche, después de que un camarero me trajera un gran vaso de zumo de pifia helado, Hansbauer me miró fijamente y dijo:

—Es extraño que yo no conociera antes a una mujer tan exóticamente bella como tú, Wallywells… He estado haciendo averiguaciones sobre ti, pero no he hallado el menor antecedente de tu familia.

El momento era peligroso, pero ya estaba preparada para afrontarlo. Kurd me había preparado una enrevesada lista genealógica, ayudado por Sidburke, que yo relaté con tanta seguridad que dejé a

Hansbauer desconcertado.

—Así que viviste hasta ahora con tus padres en el Centro Experimental de *woes* de Phormadión —exclamó cuando hube terminado de hablar—. ¡Eso lo explica todo! Por cierto, creo que se llevan a cabo allí interesantes experimentos genéticos que utilizan a los *woes* como cobayas. Esto me interesa muchísimo, pues guarda relación con el trabajo que dirijo en mi Departamento. Imagino que sabes quién soy...

Mi expresión de desconcierto le animó a declarar inmediatamente:

—Hansbauer, ministro de Defensa y director de los laboratorios centrales de investigación. Me desconciertas, querida. Creí que te había atraído mi prestigio como miembro del Gobierno...

—Pues no es así —respondí, con una sonrisa sugestiva—. Sólo me interesas tú como hombre, como persona.

Su vanidad se inflamó. Pidió que le llenaran el vaso y bebió una y otra vez hasta que su voz se tornó pastosa y sus ojos azules se empequeñecieron.

—Sí, mi pequeña Wallywells —declaró en un susurro—. Estamos ocupados en un programa secreto de trascendental importancia. Posiblemente la suerte de la guerra contra el Dominio de Magna la decidirá mi programa ya prácticamente puesto a punto.

— ¡Ojalá! —exclamé ferviente—. Todos estamos ansiosos por destruir a esas orgullosas criaturas del Dominio. Cada vez que recuerdo que todos nuestros intentos de invasión fue ron destrozados por esos insoportables seres superiores, siento que la rabia estalla en mi pecho con fuerza incontenible —expresé con voz vibrante y gesto tenso.

Hansbauer se inclinó hacia mí con expresión de conspirador.

— ¿Quieres acompañarme a mi casa, Wallywells? —dirigió una mirada desconfiada a su alrededor—. No quiero hablar aquí, pero en casa será diferente. ¿Vienes?

Le arropé en una mirada electrizante.

—No puedo negarme a la petición de un héroe de la patria, Hansbauer. Iré adonde tú quieras —respondí, fogosa.

Se alzó impulsivamente del diván y me' envolvió en mirada ansiosa. Poco después uno de sus automóviles nos dejaba en un aristocrático edificio de la zona residencial.

En uno de sus amplísimos salones —que tanto contrastaba con las exiguas piezas de los hoteles—, Hansbauer se sirvió una copa de licor y se dejó caer en un diván. Inmediatamente, tendió hacia mí sus manos ávidas.

Me resultó muy difícil eludirle sin violencia, pero lo conseguí con una arenga brillante en la que hablé de nuestra vocación de conquistadores natos y de la gloria que aguardaba a los héroes que pulverizasen el Dominio de Magna, aunque veladamente puse en duda que los experimentos de su departamento tuvieran una importancia decisiva en la victoria.

Sus ojos destellaron, sus manos temblaron tanto que parte del licor se vertió en su ropa.

— ¿Cómo te atreves a dudarlo? —se encolerizó—. Yo mismo propuse la idea al Presidium, y fue aceptada inmediatamente. Dije que jamás podríamos competir en tecnología y avances científicos con el Dominio de Magna, que incluso se permitía en su prepotencia perdonar a los invasores enviados desde Newearth. Expuse que sólo podríamos triunfar sobre el Dominio aprovechándonos de su única debilidad: su facilidad para perdonar y su decisión de no recurrir a la violencia... —rezongó. Aspiró aire y añadió—: Confieso que la idea me la dio Joansimmons, una mujer que fue prisionera de los magnianos. Ella dijo: «Guerra bacteriológica». Y yo comprendí. Inmediatamente, me reuní con el Presidium, que dio su aprobación a mi proyecto. Reuní a los sabios, a los investigadores, a los expertos en bacteriología y virología... Algunos se resistieron a prestarme su apoyo, pero envié a todos a las instalaciones de Aquitania Hills sin permitirles salir de los laboratorios hasta que obtuviésemos lo que necesitábamos: diferentes especímenes de virus y bacterias letales. Ahora el proyecto está a punto de acabar. Los laboratorios multiplican en progresión geométrica nuestras posibilidades. ¡Guerra bacteriológica, he ahí nuestra superioridad! No transcurrirán muchos días antes de que una o varias de nuestras astronaves logren traspasar el cinturón de seguridad del Dominio. No tendremos que luchar contra los orgullosos magnianos... ¡los virus y las bacterias inundarán sus planetas y la vida humana será arrasada en todo el Dominio!

Su descripción había sido tan vivida que me puse en pie de un brinco y me alejé.

— ¿Adónde vas, Wailywells? —tronó Hansbauer.

—Quiero brindar por el Super Hombre. Por ti, Hansbauer —respondí, y vertí buena cantidad de licor en una maravillosa copa.

—Por ti, diosa de la belleza —farfulló Hansbauer. Y apuró el vaso de un trago.

—En cualquier caso... reina de la belleza de Magna —respondí. Y derramé todo el contenido de mi copa sobre la cabeza de mi anfitrión.

Hansbauer palideció. Vacilante, logró ponerse en pie, murmuró: « ¡Maldita, me has engañado!» y se echó sobre mí. Pero yo abrí mi bolso, tomé el eyector de rayos paralizantes y disparé sobre él que cayó al suelo quedando inmóvil.

Abandoné la casa a la carrera. En el jardín estaba el coche de Hansbauer... ¿Qué mejor medio para trasladarme al cementerio de automóviles de la autopista?

Ahora conocía el temible secreto, el arma definitiva que la Alianza de Agora se proponía utilizar contra nosotros. No podíamos perder el tiempo, había que alertar a nuestros medios de defensa, poner en pie a At-Parah.

* * *

Sólo brillaba una lucecita en medio de la oscuridad. Avancé con cuidado a través de las tinieblas y me acerqué al autobús que servía de vivienda a Kurd.

De repente, una silueta femenina se proyectó sobre el cristal. Avancé y la vi. Era Inkayi, que se desnudaba lentamente y se contemplaba voluptuosamente en los cristales.

Por un extremo, asomaban las musculosas piernas de Kurd...

Los celos quemaron mi pecho. Kurd e Inkayi, Inkayi y Kurd, ambos entregados al placer voluptuoso, los dos felizmente entregados a mis espaldas.

La ira me cegó, el despecho me ofuscó. Vi sobre la mesa el cuchillo que había servido para partir unas manzanas. Silenciosa como un reptil, abrí la puerta y entré. Agarré el mango del cuchillo… Inkayi, la seductora y falsa Inkayi, compañera de mi juventud, depositaría de mis confidencias, me había robado a Kurd. Merecía morir…

Exhalé un alarido y me lancé sobre la espalda de la joven… un segundo antes de comprobar que Kurd dormía apaciblemente ajeno a todo.

Por fortuna, despertó y… comprendió. Interpuso una pierna entre las mías y me derribó con facilidad. El cuchillo rebotó contra el piso del vehículo.

Kurd se alzó de un salto y nos contempló, airado, a ambas mujeres.

— ¡Kaiya! ¿Qué te proponías…? ¡Y tú, Inkayi! ¿Puedo saber qué es lo que hacías aquí? —gritó.

Rompí a llorar con gemidos profundos. Ahora era consciente de mi culpa. Ahora sabía que había estado a punto de asesinar…

Entretanto, Inkayi tomó sus ropas y escapó avergonzada. Miré a Kurd, trémula, y le invoqué perdón con los ojos.

—Imaginaste que Inkayi y yo… ya lo veo. Me decepcionas, Kaiya. Entre Inkayi y yo no existen más que vínculos de amistad y mutua protección. Ella era la más débil y yo me atribuí la misión de protegerla y evitar sus errores. Pero tú… ¡Ah, Kaiya, Kaiya! —exclamó —. ¿Cómo es posible que esto haya llegado a ocurrir?

Se lo expliqué: le amaba apasionadamente, no podía aceptar la idea de compartirlo con otra mujer.

—Pero tú sabes que no hay ninguna ley a favor o en contra de tus deseos. Yo también te amo, Kaiya, te amé desde que te conocí, es decir, mi corazón, mis sentimientos te pertenecen. Pero mi cuerpo no es exclusivamente tuyo, no lo es de nadie, sino de mí mismo…

Ahora comprendía. Por fin comprendía. A mí, sólo a mí, me tocaba retener a Kurd.

Fue él quien consiguió que me calmara. Luego expliqué todo acerca de cuanto Hansbauer había confesado, impulsado por el alcohol y la soberbia.

Kurd palideció. Esperó' pacientemente a que terminase de hablar. Luego se incorporó y dijo:

—Acompáñame, Hemos de despertar a todos. No podemos perder ni un segundo.

* * *

Tres astronaves *pioneex* fueron interceptadas diez días después en el espacio exterior. Desde las hiper-naves de patrullaje surgió una orden inapelable:

—Destrucción.

En breves segundos, las naves que procedían de Newearth se vieron fundidas en un brillo cegador. Se produjeron tres explosiones y en el vacío quedó un triple trazo plateado formado por deleznable polvillo cósmico.

Kurd suspiró.

—Hemos llegado a tiempo —dijo. Y me dirigió una fugaz mirada de aliento.

Inmediatamente llegó una nueva orden dictada por At-Parah.

—Invasión de los planetas de la Alianza de Agora.

Formaciones de centenares de grandes y poderosas hiper-naves abandonaron las bases de Hargox, Niilopoth, Koreia y Wamma, en Magna. También de las bases distribuidas sobre los otros planetas del Dominio brotaron naves de guerra y de apoyo logístico.

— ¡Invasión, invasión, invasión! —resonaba la palabra en mi cerebro.

Desde que At-Parah impartiese aquella orden terminante, la duda hacía zozobrar mi ánimo. ¿Íbamos a pasar de invadidos a invasores? ¿Significaría aquella orden la destrucción de los tres bellos planetas de la Alianza?

No me parecía una decisión justa.

Allá en Newearth, había millares de personas íntegras, como el mártir Amos-Brooks o el caudillo Sidburke, que predicaban la convivencia pacífica y el entendimiento. No era correcto que desapareciesen justos y pecadores.

Kurd debió adivinar mis tormentosos pensamientos, porque se volvió a mirarme desde la cabina de navegación y dijo:

—Tranquilízate. Habrá justicia para todos.

Sus palabras, en efecto, me trajeron la serenidad.

No podía esperarse que el Consejo de Todos obrase con debilidad en esta ocasión, pero yo tenía confianza en At-Parah y en sus sensatas decisiones.

Me imagino que la visión de la escuadra magniana que se dirigía a Newearth, Kliire y Phormadión debía ofrecer a distancia una impresión formidable, temible: ¡casi mil hiper-fortalezas desplazándose en el espacio en una misma dirección!

Cuatro días después, nos aproximábamos a los planetas de la Alianza de Agora. A cierta altura sobre Newearth, detectamos la presencia de seis astronaves de la Alianza.

Las hiper-naves de vanguardia —la nuestra en punta de flecha— se dispusieron a atacar a las naves adversarias. No llegamos a hacerlo: aquellos anticuados vehículos descendieron apresuradamente y tomaron tierra en Newearth.

—Han debido dejarse dominar por el pánico cuando vieron nuestra escuadra —comentó Kurd.

Se inició inmediatamente el descenso.

Nuestro primer objetivo se hallaba a unos cien kilómetros de la capital: Aquitania Hills, donde se encontraban los laboratorios de investigación para la guerra bacteriológica.

La escuadra descendió fulminante y atacó los edificios de las colinas. Era de noche pero las sombras nocturnas se convirtieron en luz cegadora cuando centenares de rayos térmicos rasgaron la atmósfera y alcanzaron los edificios.

Bajo la potencia de un millón de grados de temperatura, las instalaciones se fundieron y desintegraron, hasta que las elevaciones

de Aquitania Hills quedaron convertidas en un páramo de hirviente lava.

Simultáneamente, las distintas unidades de la escuadra magniana tomaron al asalto los puntos más estratégicos de Kliire, Phormadión y Newearth. Las ciudades de Newlondon y Neuebonn, las de Moscow, Geenter, Galadium, Tinxcha y Hoox quedaron en menos de una hora bajo el poder magniano.

No se recurrió a más violencia que la estrictamente necesaria. Por supuesto, uno de nuestros objetivos capitales consistía en anular a los componentes del Presidium.

Pero cuando nuestras tropas de choque tomaron el palacio del Presidium, sólo pudieron hallar los cadáveres de Ivansergei, Glenblair y Ginaforti: habían preferido morir envenenados antes que afrontar responsabilidades.

También se halló el cadáver de Hansbauer. Yacía en el mismo sitio que yo le había dejado paralizado... sólo que al volver en sí, se había disparado un tiro en la cabeza.

Entretanto, Sidburke había venido propiciando incansable mente la revolución.

Con la lealtad de sus adeptos y recorriendo Newearth de extremo a extremo en transportes clandestinos, había conseguido una positiva labor de agitación y captación entre las bases populares de las principales ciudades del planeta de modo que fueron sus seguidores los que controlaron a los caciques y sicarios del tiránico poder de Newashington, en cuanto conocieron la noticia de la invasión magniana.

La Alianza de Agora estaba bajo el control del Dominio de Magna.

Sidburke esperaba la decisión final tomada por At-Parah a propuesta de Max-Henna.

Era un momento emotivo y trascendental. ¿Qué decidirla el Consejo de Todos acerca del futuro de los *pioneex?*

—Nuestro consejo es que reorganicéis vuestro gobierno sobre las bases de justicia y generosidad. Inculcad en los descontentos el principio de convivencia común, y ofreced oportunidades para que todos puedan vivir en paz, con humana dignidad. En el Dominio de

Magna siempre hallaréis solidaridad y respeto. Encomendamos al justo Sidburke que organice las bases del nuevo Estado de la Alianza de Agora. No caigáis en la trampa que os dicte el egoísmo y la falta de solidaridad. Este es el mensaje de At-Parah.

Kurd y yo respiramos tranquilos.

La decisión de At-Parah era satisfactoria para todos, especialmente para los *pioneex,* que probablemente esperarían una revancha dramática y dura por parte del Dominio.

La tranquilidad volvió a Newearth y la vida comenzó a florecer en los tres planetas.

Sidburke abolió la esclavitud de los *woes,* que fueron devueltos a Phormadión, donde integraron sus tribus en la pródiga naturaleza de aquel planeta.

Pronto surgiría una nueva sociedad en la Alianza de Agora.

Lo más probable es que Sidburke y sus progresistas solicitaran en el futuro ayuda técnica por parte del Dominio. Ayuda que, desde luego, les prestarían con generosidad.

La mayor parte de la escuadra magniana regresó a sus bases poco después.

En una de ellas, viajamos Kurd y yo, pero en esta ocasión de pasajeros. Kurd lo había pedido así a At-Parah, y yo desconocía sus motivos. De todos modos, era agradable poder descansar sin preocupaciones después de las largas jornadas de tensión.

Casi me había adormecido en mi cámara cuando oí el zumbido avisador de la puerta. Apreté el excitador de control remoto y me erguí en el lecho, sorprendida.

Mis ojos destellaron y mis labios se entreabrieron al descubrir a Kurd en la puerta.

—Buenas noches, mi pequeña esposa —susurró con voz suave. Y yo comprendí que se quedaría conmigo el resto de la noche.

A partir de allí, tendría que esforzarme mucho para retenerlo, pero yo poseía recursos suficientes para lograrlo.

* * *

Un *tei* después, yo accedí al Nivel-IV. Como era muy joven, recibí esta recompensa con el orgullo que puede imaginarse. Mas cuál no sería mi sorpresa at recibir la noticia de que mi amado Kurd acababa de ser promovido al Nivel-V.

—No sé cómo te las arreglas para ponerte siempre fuera de mi alcance —le reproché.

Sonrió encantadoramente.

—Me temo que tendré que soportarte durante largo tiempo. Max-Henna acaba de nombrarnos representantes del Dominio de Magna en la Sede del Consejo Cósmico de Seguridad, en la ciudad subterránea de Ganimedes, uno de los satélites de Júpiter, planeta de uno de los sistemas solares de la Vía Láctea. Y me pregunto si no habrás influido en At-Parah para que Max-Henna nos nombrase a los dos...

Dejé escapar una carcajada. No había influido en nadie para obtener el nombramiento. Pero, posiblemente, Max- Henna conocía mis problemas y se había decidido a resolverlos.

Pocos días después, iniciamos la larga singladura hacia Ganimedes.

EPILOGO

Jack Powell despertó bruscamente.

— ¿Dónde estáis? —gritó desesperado—, ¡He dejado de veros, no puedo percibir vuestras voces...!

Se incorporó dentro de la caverna y comprobó que se encontraba solo.

Ni rastro de Kaiya ni Kurd, los enigmáticos personajes venidos del distante dominio de Magna. Se habían evaporado en el aire.

— ¿O quizá nunca existieron... sino en mi imaginación atormentada? —se dijo en voz alta.

No era posible. El había escuchado claramente sus voces, grave y vibrante la del hombre, más cálida y suave la de la mujer.

También había visto sus elevadas y proporcionadas siluetas, aunque sólo a contraluz, sin relieves, pues la cegadora luminosidad anaranjada que provenía del exterior no le permitió examinarlas directamente, sino a través de las rendijas de sus dedos, en medio de constantes parpadeos que trataban de impedir la ceguera.

—A veces —pensó—, los sueños son tan vivos como la propia realidad.

Se frotó los párpados y respiró anhelante.

Se negaba a creer que todo hubiera sido una mera alucinación. Era un sueño demasiado bello para alejarlo estúpidamente de su memoria.

Se sentía satisfecho de haber conocido el mundo extraño, exótico y brillante que Kaiya le había descrito. Le fascinaba el sentido de la magnanimidad y la justicia de los magnianos, su humanidad, su generosidad sin límites.

Sería hermoso vivir en un mundo así, pensó. Lejos del egoísmo, de la avaricia, de la envidia, del rencor... y de la venganza.

Comprobó, un tanto excitado, que no se sentía fatigado. Una nueva vitalidad parecía surgir, potente, de algún Tugar recóndito de su propio ser.

Pero recordó a Tom Hayden, muerto, con su rostro lívido

cubierto de hielo. Y las siluetas difuminadas de sus otros compañeros: Kardiss, Jones y Payne, todos inmóviles como estatuas, inexpresivos y silenciosos.

La congoja le obligó a sollozar.

— ¡Maldita venganza! —gritó—. ¡Maldita sea!

Si era cierto que había recibido la visita de Kurd y Kaiya, ¿por qué ellos le habían recriminado, por qué infundieron en su mente un soplo de esperanza?

—Debes vivir, imponerte a la desidia y a la desesperación —había pronunciado Kaiya con su dulce y cálida voz.

— ¡No seas cobarde! ¿Por qué te dejas morir? —le había apostrofado sin acritud aquel coloso llamado Kurd-V.

—No desesperes. Jackpowell —había insistido Kaiya, alentadoramente—. Tendrás que pagar por el daño que hiciste, pero tú también eres digno de ser comprendido y perdonado.

Y luego, nuevamente:

—Lo importante es que debes vivir y superar tu tragedia. También yo... Ojalá mi historia sirva para ayudarte, Jack-Powell.

¿Le había servido de algo?

Powell se irguió con decisión en toda su estatura.

—Desde luego, me ha traído el consuelo —se dijo.

¡Inútil y amarga venganza! Ahora, su actitud le parecía absolutamente estúpida, desproporcionada, injusta, loca.

Cierto que se había sentido mortalmente herido al comprobar que Jill le era infiel. Sin embargo, en un sincero ejercicio de introspección, Jack hubo de reconocer que también él era culpable. Obsesionado con su profesión, con su carrera de cosmonauta, había descuidado a Jill. ¿Cuántas noches había dormido ella sola, cuántas noches de soledad, sin la cálida presencia del compañero, del esposo? Cientos, miles de ellas.

Al fin y al cabo, Jill era humana, propicia al error, a la llamada del instinto y del placer. Había caído, si. Pero ¿y el propio Jack, que había llegado hasta el asesinato?

También Tom Hayden le había engañado. Sin embargo, Jack debía admitir que fue él, con su desidia, quien había propiciado la traición de su amigo. ¿No lo había dejado en compañía de Jill algunas noches para asistir a una sala de conferencias, no había recurrido al fácil recurso de utilizarle para distraer las largas veladas en soledad de Jill?

—Indudablemente, no fui justo. Pude hacer a Tom todos los reproches del mundo. Incluso pude romperle la cara a puñetazos, injuriarle, extrañarle. Y otro tanto hubiera hecho con Jill. Al fin y al cabo, ¿la amo tanto como para convertirme en un asesino por su causa? La respuesta es clara: maté para satisfacer mi orgullo herido. Ninguna otra razón es sincera —pensó.

Cerró los ojos. ¡Si pudieran enmendarse ¡os errores pasados...!

En cuanto a Kaiya y Kurd, si alguna vez habían existido realmente, se habían alejado para no volver.

Miró a través de la lámina de transparente plástico. Le había parecido ver pasar una silueta humana ante su gruta.

Loco de ansiedad, rompió el plástico a rudos tirones y salió afuera. Y entonces vio la silueta de color amarillo vivo, que se alejaba cuesta abajo.

— ¡¡Eeeeh!! —gritó con todas sus fuerzas.

La silueta amarilla se detuvo, se volvió. Un momento después volvía hacia él.

Era Tom Hayden... vivo.

—Dios mío —murmuró Powell.

Y Hayden vino hacia él y le tomó por la cintura.

— ¡Es inconcebible! —exclamó—. ¡Creíamos que te habíamos perdido irremisiblemente! En realidad, ya habíamos dado por terminada nuestra búsqueda... Compréndelo, Jack: hace casi un mes que te buscamos. Dime... ¿dónde estuviste?

El frío era intenso. Jack apenas podía mover los labios.

—Tú acabas de decirlo, Tom. Me perdí... Estaba perdido —farfulló.

—Increíble... No puedo imaginarme cómo has logrado sobrevivir en estas soledades durante tanto tiempo. En fin, estás aquí y eso es lo que importa. Vamos allá... Hemos terminado satisfactoriamente todas las pruebas y estudios, pero las provisiones comenzaban a escasear, veremos si nos llegan para el viaje de vuelta. ¡Dios nos asista! Ya vienen nuestros compañeros —jadeó Tom Hayden.

Era cierto: Kardiss, Payne y Jones corrían hacia él. Llegaron exhaustos, pero le abrazaron, golpearon su espalda, pronunciaron excitadas palabras de alegría...

Era gozoso contar con la amistad de sus compañeros. ¡Era maravilloso no sentirse solo!

Le llevaron en volandas, cuesta abajo, sobre el hielo endurecido.

Allí, en la llanura, se erguía enhiesta la silueta de la cápsula «Orion». No parecía haber sufrido ningún desperfecto.

Jack Powell creía estar viviendo una experiencia irreal. Kardiss, Jones, Payne, Hayden... todos vivos, con buena salud, indemnes. La astronave, intacta, dispuesta a elevarse sobre las soledades heladas.

¿Había alguna explicación para todo ello?

Fue entonces cuando Jack pensó en sus visitantes estelares.

De pie, junto a la estructura de la cápsula, elevó los ojos al firmamento. Y envió un pensamiento de gratitud a algún recóndito lugar del Universo.

—Gracias, Kaiya, gracias, Kurd. Verdaderamente, vale la pena vivir.

Le subieron a la cápsula y le reanimaron. Al cabo, cuando entró en calor y tomó algún alimento, Hayden dijo:

—Bien. Tú eres el jefe. Cuando quieras, iniciaremos la ignición para volver a casa.

Pensó en Jill. Y en Tom. En sus camaradas, que le contemplaban con simpatía y adhesión. Decidió que los problemas con Jill y Tom de alguna manera podrían resolverse. Esto no era ahora tan importante.

Lo importante era vivir. Y comprender a los demás. Y mostrarse agradecido.

Hizo un esfuerzo por sonreír y exclamó con energía:

— ¡Vamos allá, viejo amigo!

«Orion» se elevó raudamente y desapareció en la inmensidad del espacio.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

Selección

TERROR

que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

Impreso en España